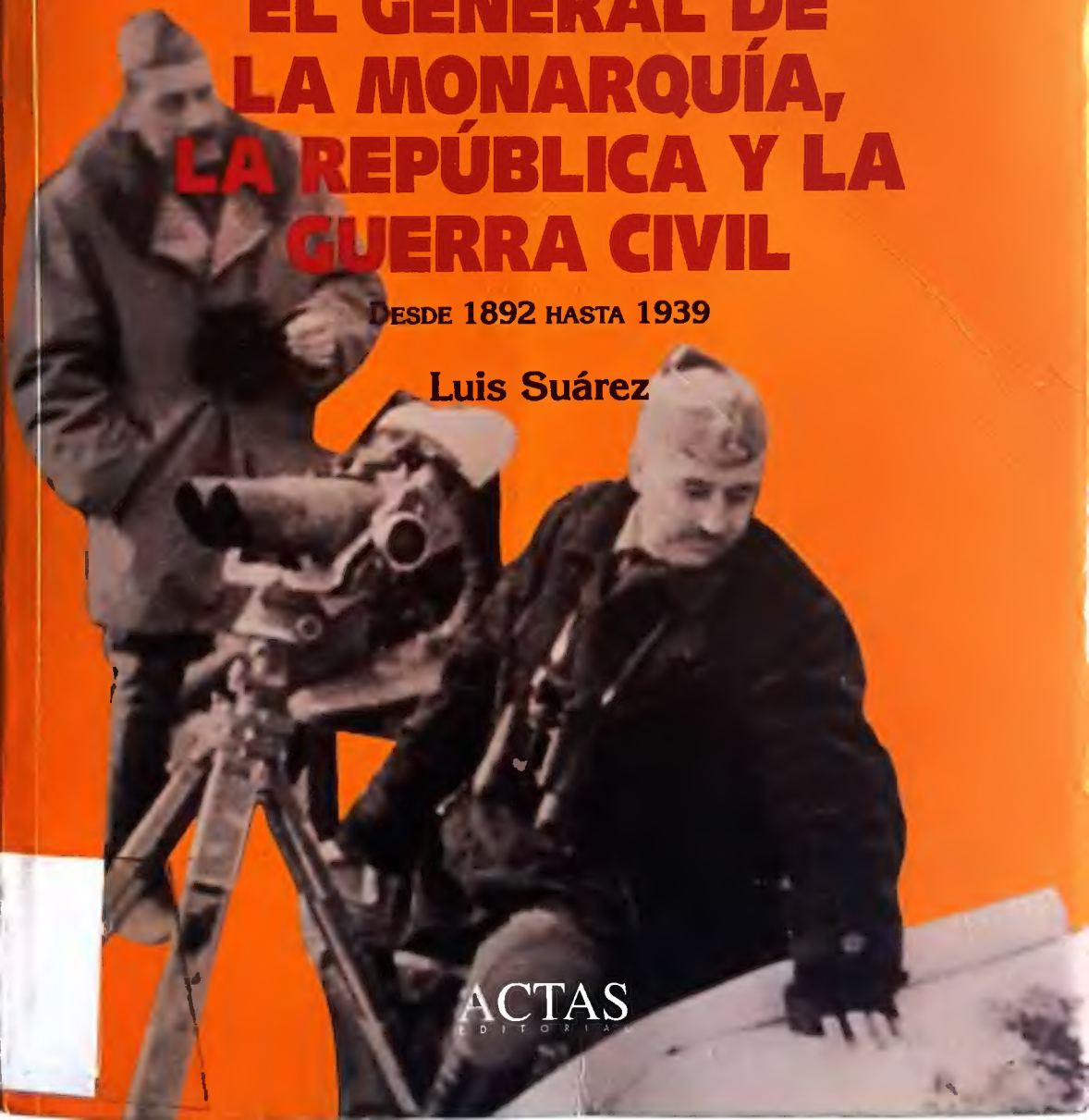
FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL

DESDE 1892 HASTA 1939

Luis Suárez



ACTAS
EDITORIAL

Luis Suárez Fernández, nacido en Gijón en 1924 es, en la actualidad, profesor emérito en la Universidad Autonoma de Madrid, miembro de número de la Real Academia de la Historia, de mérito de la de Portugal y correspondiente de la de Buenas Letras de Barcelona y de varias de Hispanoamérica. También ha dirigido la Escuela del CSIC en Roma. Aunque es conocido especialmente por sus trabajos sobre Baja Edad Media, en especial la época de los Reyes Católicos, su interés es polifacético: comenzó sus investigaciones en el siglo XVII, ha escrito libros sobre Roma y el Oriente Antiguo, los judíos y las interpretaciones de la Historia y también diez volúmenes sobre diversos aspectos de la vida y obra de Franco.

FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

Plan general de la obra:

1. El general de la Monarquía, la República y la Guerra Civil *(desde 1892 hasta 1939).*
2. España, Franco y la Segunda Guerra Mundial *(desde 1939 hasta 1945).*
3. La victoria frente al bloqueo *(desde 1945 a 1953).*
4. Los proyectos para una doble estabilización *(desde 1953 a 1961).*
5. Resistencia a la subversion *(de 1961 a 1967).*
6. El camino de tránsito hacia la Monarquía *(desde 1967 hasta 1975).*

Índices.

Luis Suárez va desgranando en las páginas de este libro los hechos a través de la documentación de que disponemos, sin juicios de valor ni interpretaciones, como corresponde al oficio de historiador, para ofrecer al lector las claves necesarias –África, la Dictadura de Primo de Rivera, la caída de la Monarquía, la República, las reformas de Azaña, la Revolución de 1934, el ascenso de los totalitarismos, el Frente Popular, etc.– para conocer y entender los acontecimientos y circunstancias que habrían de conformar la personalidad y el pensamiento del Generalísimo, que partiendo del desastre del 98, que Franco contemplaría con 5 años y en el seno de una familia tradicionalmente de marinos, habrían de desembarcar en el alzamiento de julio de 1936 y darían lugar al cruel enfrentamiento de las dos Españas que duró dos años y medio y que abrieron paso a un Estado nuevo: el Régimen de Franco.

FRANCO:
CRÓNICA DE UN TIEMPO

EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL
Desde 1892 hasta 1939

ÍNDICE

Página

Nota previa 13
Introducción general. Franco, crónica de un tiempo 15

PRIMERA PARTE
FRANCO, GENERAL PARA LA MONARQUÍA Y LA REPÚBLICA

Capítulo 1. La adolescencia del niño que quiso ser marino 49
I. El linaje de Franco 49
II. España en el tránsito del siglo XIX al XX 54
III. Divisiones ideológicas 59
IV. 1898 63
V. La aparición de los separatismos 68

Capítulo 2. La llamada de África 74
I. Origen de la cuestión marroquí 74
II. La Academia de Infantería 77
III. La Semana Trágica de Barcelona 78
IV. El segundo teniente 83
V. Marruecos, al fin 85
VI. El teniente de Regulares 88
VII. Ascenso a capitán. La grave herida de *El Biutz* 91

Capítulo 3. 1917 95
I. Oviedo 95
II. Trasfondos doctrinales 98
III. Los mecanismos de la revuelta 101
IV. El comandante Franco y la revolución 108

Capítulo 4. Diario de una bandera 112
I. La primera idea de la Legión 112
II. Dar Riffien 117
III. De Uad Lau a Xauen 121
IV. Annual 125
V. Dar Drius 127

Capítulo 5. El camino de Alhucemas 131
I. El fin de la Restauración 131
II. Franco, al frente de la Legión 135
III. El enfrentamiento con Primo de Rivera 140

IV. La hora sombría de Xauen 143
V. Alhucemas 147

Capítulo 6. La Academia General de Zaragoza 154
I. El general más joven de Europa 154
II. El nombramiento de director de la Academia 158
III. El fin de la Dictadura 163
IV. El «error Berenguer» 167

Capítulo 7. 1931 173
I. Franco y el 14 de abril 173
II. Antimilitarismo 178
III. Anticlericalismo 182
IV. Cierre de la Academia General 188

Capítulo 8. El día en qne España dejó de ser católica 191
I. La declaración ante el comité del Congreso 191
II. La Constitución de 1931 195
III. Franco y el pronunciamiento de Sanjurjo 202
IV. La Comandancia General de Baleares 208

Capítulo 9. Franco se alinea en el anticomunismo 213
I. El joven orador del teatro de La Comedia 213
II. La doctrina falangista 218
III. Victoria electoral de la CEDA 222
IV. Ascenso a general de División 227

Capítulo 10. Franco y la Revolución de Octubre 233
I. Los preparativos del Golpe Socialista 233
II. La toma de decisión 236
III. Franco en el Ministerio de la Guerra 240
IV. Las consecuencias 245

Capítulo 11. Reorganizar el Ejército 249
I. La evolución falangista 249
II. Franco, jefe del Ejército de África 252
III. Franco, al frente del Estado Mayor 255
IV. El fin de Lerroux 261

Capítulo 12. La tentación resistida 265
I. Diciembre, 1935 265
II. Las opciones preelectorales 268
III. El resultado de la votación 273
IV. Cinco días de febrero 276

SEGUNDA PARTE
GENERALÍSIMO Y JEFE DE ESTADO

Capítulo 13. Los preparativos para el Alzamiento 285
I. El fin de Alcalá Zamora 285
II. La candidatura por Cuenca 290
III. Los antecedentes de la conspiración 294

Capítulo 14. De Canarias a Marruecos. El vuelo del Dragón 301
I. La carta a Casares Quiroga 301
II. Los argumentos jurídicos encontrados 307
III. Galicia saluda a Francia 313
IV. Sin novedad en Marruecos, mi general 315

Capítulo 15. Internacionalización del conflicto 320
I. Cuatro días de julio 320
II. Equilibrio de fuerzas 327
III. La búsqueda de mercados 330
IV. El «pecado original» de Franco 335
V. La posición ideológica inicial de Franco 339

Capítulo 16. Cruzar el Estrecho 343
I. La firme decisión 343
II. Por aire y por mar 345
III. Los barcos que la cruzaron 349
IV. De Sevilla a Talavera 352

Capítulo 17. La elección de Franco para la Jefatura del Estado 361
I. La actitud de la Iglesia ante el Alzamiento 361
II. La caída de Talavera produce cambios 366
III. Hora de decisiones 371
IV. El Decreto 375
V. Investidura burgalesa: el Caudillo 380

Capítulo 18. Los cambios políticos internos 385
I. El ascenso de los totalitarios 385
II. Salamanca, Cuartel General 388
III. Salvar a José Antonio 392
IV. La difícil cuestión vasca 399
V. Don Miguel de Unamuno 403

Capítulo 19. Madrid: La batalla perdida 408
I. El proyecto de No Intervención 408
II. La marcha sobre Madrid 412
III. El asalto a Madrid 417

Capítulo 20. Reconocimiento oficial de Alemania e Italia 423
I. La idea de enviar «voluntarios» 423
II. La muerte de José Antonio 426
III. El acuerdo hispano-italiano 429
IV. Batallas en torno a Madrid 432
V. Las gestiones del doctor Junod 437

Capítulo 21. Del altar y del trono 441
I. La actitud inicial del Vaticano 441
II. Las primeras gestiones de Gomá 445
III. Masonería 448
IV. Perspectivas de restauración 450
V. De nuevo el Comité de No Intervención 454

Capítulo 22. Guadalajara no fue Abisinia 456
I. CTV. Corpo di truppe volontaire 456
II. Guadalajara: un objetivo muy preciso 458
III. De nuevo la No Intervención 462

Capítulo 23. Un largo camino hacia la unidad política 466
I. Rumores salmantinos 466
II. *Mit brennender Sorge* 470
III. El Decreto comienza a gestarse 474
IV. Tres noches de abril 477
V. Prisión de Manuel Hedilla 482
VI. Proceso y sentencia 485

Capítulo 24. Las claves de una polémica: El Vaticano, los vascos, Guernica 491
I. Los voluntarios vasco-navarros 491
II. La Cuaresma de España 495
III. La ruptura del frente de Vizcaya 500
IV. El bombardeo de Guernica 503
V. Las concesiones de Franco 506
VI. Gomá y Pizzardo 510

Capítulo 25. Bilbao: el gran cambio 513
I. Los obispos deben pronunciarse 513
II. Cambio de Gobierno en Valencia y muerte de Mola 515
III. Incidentes internacionales 519
IV. Al fin, Bilbao 522
V. El Vaticano reconoce a Franco 526

Capítulo 26. La decisión de Brunete 534
I. Eliminación del POUM 534
II. *Animal Farm* 536
III. ¿Victoria o derrota? 539

IV. La consecuencia: Santander 542
V. Belchite 545
VI. El final del frente Norte 547

Capítulo 27. Construir el Movimiento 550
I. Eliminación de la democracia inorgánica 550
II. El anuncio de la Monarquía 553
III. Los Estatutos del Movimiento 557
IV. Las dificultades internas 561

Capítulo 28. Minas, submarinos, aviones: la fuente de conflicto con el III Reich 566
I. ¿Beligerancia? 566
II. La conferencia de Nyon 569
III. Alemania presenta sus demandas 572
IV. El proyecto Montana 575

Capítulo 29. Primer ensayo de ruptura con la Hisma 580
I. Consejo Nacional del Movimiento 580
II. Vicente Rojo conquista Teruel 585
III. En las horas bajas 589
IV. La ruptura con la Hisma 591

Capítnlo 30. Institucionalizar la Dictadura 594
I. El Consejo de Ministros 594
II. Las primeras acciones del Consejo 597
III. El crecimiento de Serrano Suñer 601
IV. Las muy delicadas negociaciones con el Vaticano 605
V. El fracaso de Manuel Irujo 609

Capítnlo 31. Mare Nostrum 613
I. La decisión de febrero 613
II. El Fuero del Trabajo 616
III. Primeros pasos hacia una guerra general 620
IV. La batalla de Aragón 622

Capítulo 32. Final del Proyecto Montana 627
I. Las decisiones de Negrín 627
II. Dirigismo estatal deliberado 630
III. De nuevo el freno en los avances 634
IV. Las directrices políticas del conde de Jordana 637
V. La ley de Minas 643

Capítulo 33. Las aguas del Ebro no pasaron por Munich 646
I. Los planteamientos militares 646
II. El estancamiento 650
III. La crisis sudete 653
IV. La victoria en el Ebro 658

Capítulo 34. Barcelona 662
I. Secuelas diplomáticas de Munich 662
II. Los últimos esfuerzos de paz 666
III. El avance hasta Barcelona 669
IV. El final del Régimen Republicano 675

Capítulo 35. ...Y, al final, Madrid 678
I. Franco se adhiere al Pacto Antikomintern 678
II. Proyectos para una capitulación 681
III. Los cuatro días de marzo 688
IV. La liquidación de la guerra 690

Notas
Notas al Capítulo 1 694
Notas al Capítulo 2 697
Notas al Capítulo 3 701
Notas al Capítulo 4 703
Notas al Capítulo 5 705
Notas al Capítulo 6 708
Notas al Capítulo 7 709
Notas al Capítulo 8 713
Notas al Capítulo 9 716
Notas al Capítulo 10 719
Notas al Capítulo 11 721
Notas al Capítulo 12 723
Notas al Capítulo 13 725
Notas al Capítulo 14 729
Notas al Capítulo 15 732
Notas al Capítulo 16 736
Notas al Capítulo 17 739
Notas al Capítulo 18 743
Notas al Capítulo 19 747
Notas al Capítulo 20 749
Notas al Capítulo 21 751
Notas al Capítulo 22 753
Notas al Capítulo 23 755
Notas al Capítulo 24 760
Notas al Capítulo 25 764
Notas al Capítulo 26 768
Notas al Capítulo 27 769
Notas al Capítulo 28 771
Notas al Capítulo 29 773
Notas al Capítulo 30 775
Notas al Capítulo 31 779
Notas al Capítulo 32 781
Notas al Capítulo 33 783
Notas al Capítulo 34 785
Notas al Capítulo 35 787

NOTA PREVIA.

Ignoro, al comenzar la que es ya tercera redacción de esta obra, si llegará un día a publicarse o si, dada mi edad, conseguiré concluirla. Ante todo quiero decir que he tenido en cuenta todas las observaciones que se me han hecho acerca del texto de mi primera edición. Insisto en algo que ya entonces dije y que me propongo mantener con más rigor todavía: escribo sin odios ni aficiones; no estoy en contra de nadie ni a favor de ninguno. Pero me mueve el propósito de cumplir un oficio de historiador que consiste en explicar los sucesos utilizando para ello también las opiniones de los protagonistas: esto es lo que ha chocado y seguirá chocando, me temo, con las actitudes de nuestros días. Al establecerse un criterio oficial –la época de Franco debe considerarse como suma de males sin mezcla de bien alguno– cualquiera que se empeñe en descubrirla como lo que fue, errores y aciertos, programa político sometido a criterios religiosos, en parte cumplido y en parte no, será inevitablemente juzgado como un defensor. Es bien sencillo: quien no condena e injuria, defiende y justifica.

Pero la época de Franco, que cubre casi cuarenta años, fue en sí misma grande, porque los acontecimientos que en ella se produjeron revistieron la grandeza de la guerra y la paz, el asedio exterior, el desarrollo económico y la búsqueda, al final fallida, de una estructura política duradera distinta del totalitarismo socialista o hegeliano y de la democracia liberal parlamentaria. Sólo es posible acceder a ella de modo satisfactorio a través de los documentos conservados. El autor ha podido consultar, mediante fotocopias, muchos de ellos, en especial los que el propio Generalísimo guardaba. El método aplicado es el más rigurosamente tradicional en la investigación histórica: dejar que los documentos y los testimonios hablen por sí mismos, huyendo de interpretaciones para evitar, en lo posible, el juicio previo, la formulación de opiniones y el recurso a las fuentes para apoyarlas y no para rectificarlas.

Franco hizo de la lucha contra el comunismo –en general contra el marxismo– y de la defensa de la Iglesia el eje fundamental de su existencia. Los documentos van a hablarnos de esa lucha. Pero evitaremos cuanto nos sea posible los calificativos. Todas las personas merecen ser tratadas con el mayor respeto: si alguna vez se desliza algo que no lo demuestre, debe atribuirse a la torpeza del autor, no a su intención. Se apreciarán numerosas lagunas, pero esto debe tomarse como incitativa a otros historiadores a fin de que puedan llenarlas. Que no lo hagan con opiniones, recuerdos o sentimientos sino con fuentes testimoniales objetivas, es lo que el autor desea y recomienda. Pasados ya casi veinticinco años desde la muerte de Francisco Franco, deberíamos contar con la serenidad suficiente para hacerlo así.

Este libro, largo, por exigencias del tema, no se presenta con pretensiones de obra definitiva. Provisional y muy provisional. Vamos a entrar en un mundo complejo y muy rico por sus dimensiones: al mismo tiempo que se despejarán incógnitas y se abrirán procesos, van a plantearse nuevas cuestiones a las que otros habrán de responder. Así es el conocimiento histórico. Su utilidad consiste precisamente en que permite explicar y, con ello, induce a los hombres a la reflexión.

L.S.F.

PRIMERA PARTE

FRANCO, GENERAL PARA LA MONARQUÍA Y LA REPÚBLICA

CAPÍTULO 2

LA LLAMADA DE ÁFRICA.

I. ORIGEN DE LA CUESTIÓN MARROQUÍ.

1. África constituye una especie de telón de fondo contra el que se proyecta, en ocasiones muy importantes, la vida de Franco. Cuando, en la Edad Media, los reinos peninsulares se referían a la herencia romana recordaban muy bien que Hispania abarcaba, además de la Península y sus islas, también Tingitania. Desde el siglo XV se hallaban instalados en ese litoral: los portugueses conquistaron Ceuta en 1415 y tras su separación de la Corona española, la ciudad prefirió permanecer en ésta; Melilla, abandonada por los musulmanes, fue ocupada y fortificada en 1497, mucho antes de que se constituyera el reino marroquí. Tras la guerra que culminó en la victoria de Prim en los Castillejos, un tratado hispano-marroquí reconoció que ambas ciudades eran de soberanía española y se fijaron los límites (1859). Melilla obtuvo entonces, como garantía de su seguridad, el espacio cubierto por un tiro de cañón, lo que permitió construir la ciudad nueva, de estructura europea, que ahora conocemos. Había, en consecuencia, dos comandancias militares, la occidental en Ceuta y la oriental en Melilla.

Dadas estas circunstancias y las relaciones comerciales con el interior, España se hallaba muy interesada en que el reino alauita ejerciese su autoridad equilibrada. A principios del siglo XX el Sultán había decaído en su poder e influencia de tal modo que en muchas partes de su reino no despertaba la más mínima obediencia: sus representantes apenas si podían administrar algunos núcleos urbanos dispersos. Mandaban los jefes locales, caudillos para la guerra, cuyas harkas, mal equipadas y peor instruidas, mostraban valor indomable. Se trataba de elementos muy perturbadores para los intereses europeos que veían en Marruecos una fuente de aprovisionamiento de minerales.

Al término de sus grandes empresas coloniales, Francia, dueña de Argelia y del desierto, estaba decidida a extender su influencia sobre Marruecos, sin atentar contra su unidad en cuanto reino. Se manejaba el principio de que un Gobierno incapaz de mantener el orden necesita de la protección y ayuda de otro. Alemania,

que también necesitaba el mineral de hierro de los yacimientos marroquíes, pensó que si éste quedaba exclusivamente en manos francesas, se produciría un desequilibrio en la industria siderúrgica europea nada favorable para sus intereses. El Gobierno francés atravesaba un momento de mal entendimiento con el británico por el incidente de Fachoda (1898).[1] Propuso, en consecuencia, a España, en 1902, un acuerdo de cooperación para el establecimiento de un protectorado conjunto sobre Marruecos. El acuerdo ofrecido era bastante generoso pues el límite entre ambas zonas se establecía en el río Sebú dejando en poder de España las importantes regiones agrícolas de Fez y Taza. Las molestias rifeñas sobre la frontera desaparecían y las reservas mineras del Rif podían ser explotadas por Compañías españolas.

2. Algunos políticos y militares españoles vieron en la propuesta, que no fue llevada a término, más que un gesto de generosidad, el reconocimiento de cierta unidad regional geográfica. Conviene no olvidar este dato pues, en opinión de aquéllos, la parcela que después se asignó a España no era la que a ésta correspondía y tal revisión pendiente desempeñaría cierto papel en los difíciles momentos de 1940. No se trataba de repartir y anexionar Marruecos sino de emplear las fuerzas españolas y francesas en la pacificación, haciendo reconocer la autoridad de 'Abd al-Aziz, retirando a cambio los eventuales beneficios económicos de unas minas que reclamaban grandes inversiones. Se comprende que el Gobierno Silvela, prácticamente el primero de la mayoría de edad de Alfonso XIII, se mostrara vacilante: un esfuerzo como el que aquel proyecto requería, cuatro años después del desastre de Cuba, podía resultar ruinoso para el país y sus gobernantes.

Mientras los diplomáticos españoles discutían y negociaban, los agentes alemanes trabajaban intensamente en Marruecos ofreciendo al Sultán el respaldo de sus capitales para el desarrollo económico del empobrecido país y, al mismo tiempo, una protección eficaz ante las exigencias de Francia. Joseph Chamberlain, a quien preocupaba el crecimiento del poder naval alemán y la posibilidad de que se ofreciese a esta flota una base sobre el Atlántico Sur, decidió superar el incidente Fachoda, brindando a Francia una «entente cordiale» que compensase en el Oeste el fracaso sudanés. El 31 de marzo de 1904 el Kaiser, Guillermo II, visitó Tánger, dejando establecido que Alemania tenía también intereses en aquella zona del mundo. Inmediatamente, el Reino Unido y Francia suscribieron el tratado de la «entente» (8 de abril de 1904).

De este modo cuando Antonio Maura, dentro del mismo año 1904, logró convencer a los miembros de su partido y a las Cortes de la necesidad de estar presentes en el escenario colonial africano, sus diplomáticos encontraron a los franceses menos generosos. España tuvo que conformarse con que se le asignara la zona inmediata a sus plazas de soberanía, entre los ríos Muluya y Uerga: esta solución era mala porque no conservaba la integridad económica del Rif, pero ofrecía en cambio la ventaja, sobre el papel, de que reclamaba menos esfuerzo militar y económico. En la prensa conservadora se manejaron argumentos que enlazaban con los sentimientos que hemos detectado entre los militares: la participación en la carrera colonial africana, codo a codo con las demás potencias europeas, era una de las mejores muestras de que se estaba operando la «regeneración».

La respuesta del Kaiser no se hizo esperar. En 1905 reclamó para Alemania, pese a carecer de fronteras con Marruecos, parte de su territorio como protectorado. La Entente se había firmado precisamente como una precaución ante el expansionismo germano, que estaba procediendo ya a repartir secretamente dinero y armas entre los jefes rifeños. El apoyo que el Sultán ofreció a Guillermo II impuso retrasos vitales para los intereses de España, que estaba constituyendo ya la empresa minera para la explotación del Rif. Los alemanes vieron un medio indirecto de asegurarse el disfrute del mineral, invirtiendo dinero en ésta u otras concesiones, un precedente de más de treinta años para el que será proyecto Montana. Los gobiernos en Madrid se sucedían con demasiada rapidez mientras los diplomáticos preparaban la Conferencia de Algeciras. Fue un gabinete liberal, presidido por Segismundo Moret, el que tuvo que enfrentarse con esta reunión (1906).[2]

3. En enero de 1907, y como consecuencia de la inquietud generada en Barcelona, Antonio Maura volvió a la Presidencia del Gobierno. Éste fue el «Ministerio largo» porque duró treinta y tres meses, lo que, en aquel momento de declive, se consideraba como un verdadero récord. Consiguió despertar grandes esperanzas y muchos de los tópicos por él usados reaparecieron, sin mencionarlo, durante el Régimen de Franco.[3] Es cierto que el gran político se había fijado metas sumamente ambiciosas: en diálogo con José Canalejas, que encabezaba a los liberales, intentaba restablecer el sistema del turno, pero trasladándolo del formalismo mediatizado por los caciques a la consulta electoral, a fin de aproximar «la España oficial» a la «España real» haciendo «la revolución desde arriba». Estos grandes proyectos, muy acertados y generosos en su planteamiento teórico, al insertarse dentro de un sistema que, por su propia naturaleza, había dejado de funcionar, se estancaron en pura retórica. Las elecciones que, según costumbre, convocó inmediatamente, apenas se diferenciaron de las anteriores. No era posible de otro modo. Crecieron todavía más los porcentajes de abstención, mientras que su Ley de Administración Local, con la que esperaba contentar a los regionalistas, en especial catalanes, con algunas concesiones no consiguió superar el obstáculo que interpuso el Congreso.[4] Sus propias críticas a la «España oficial» aunque justificadas, sólo servían para desprestigiar el sistema, sin conseguir regenerarlo.

Como era de esperar, Maura dio impulso a la acción española en la zona de Marruecos que había sido asignada a España. En 1907 quedó constituida la Sociedad Anónima Minas del Rif. Prescindiendo del Sultán, que nada podía asegurar en aquellas arriscadas márgenes del Kert, la Compañía negoció con los jefes de las kabilas locales para que autorizasen la construcción de un ferrocarril que debía transportar el mineral hasta el embarcadero en el puerto de Melilla; la línea debería ser custodiada por soldados españoles. El error estaba en confiar todas las garantías a un personaje como El Roghi, rebelde al Sultán e inevitablemente enfrentado con todos sus vecinos. Durante algo más de un año los destacamentos militares españoles cubrieron la línea de comunicaciones sin que se produjeran incidentes. Pero los militares profesionales sabían que aquellos soldados carecían de la preparación necesaria para una guerra colonial: no contaban siquiera con ropas adecuadas para el áspero clima marroquí.[5]

II. LA ACADEMIA DE INFANTERÍA.

1. El año 1907 es el primero importante en la vida de Francisco Franco. Contando sólo 14 de edad, emprendió su viaje a Madrid y Toledo para realizar el examen de ingreso en la Academia Militar.[6] Alrededor de mil quinientos alumnos se habían inscrito para realizar las pruebas, lo que obligaba a dividirlos en más de treinta tandas. Muy delgado, Franco dio una talla de 1,64 m. de estatura la víspera del 26 de junio en que se presentó ante el tribunal. Crecería todavía unos centímetros durante sus estudios. Aprobaron 382 alumnos y de ellos el futuro Generalísimo hizo el número 251. Es fácil evocar todavía la escena en que el frágil muchachito, sentado ante un velador en la plaza de Zocodover, recibe de un compañero con un abrazo, la noticia: «Franquito, has aprobado». Así le llamaron después otros alumnos de la Academia porque a todos parecía excesivamente joven.

Volvió luego a El Ferrol para pasar dos meses de vacaciones. El 29 de agosto, vistiendo uniforme, formó por primera vez ante los muros de aquella fortaleza que tendría que liberar veintinueve años más tarde. Fue en ese intervalo del verano de 1907 cuando don Nicolás abandonó a su familia, un dato importante, que no debe ser ignorado ni desenfocado:[7] durante diez años toda la carga de afectos de que disponía fue volcada hacia su madre, lo que generó una especial influencia de ésta sobre él. En momentos difíciles de la guerra del Rif, cuando temía que a través de la prensa doña Pilar pudiera hallarse en zozobra, cursaba a El Ferrol un telegrama con sólo dos palabras: «yo, salvo» Tras mes y medio de instrucción muy rigurosa, los cadetes juraron bandera el 13 de octubre de 1907. Comenzó así una estancia de tres años en la Academia. Franco había hecho la instrucción con mosquetón, como los demás cadetes de escasa estatura, pero el día de la jura ya usaba fusil.

Los años de estancia en la Academia han servido de base para ciertas leyendas, muchas de las cuales deben ser desechadas. No fue un alumno excepcional, de esos que ocupan siempre los primeros números. Aficionado en extremo al estudio especialmente de Topografía e Historia militar, su carácter tímido y un poco retraído –ni juego, ni bebida, ni mujeres– le hicieron presa fácil para las novatadas. Sin duda sufrió unas cuantas pues de otro modo no se explica el aborrecimiento que sintió hacia esta costumbre ni las normas estrictas que en tal sentido aplicó en la Academia General de Zaragoza. Es significativo que una de las novatadas mejor comprobadas consistiera en que sus camaradas le escondiesen los libros, impidiéndole estudiar. Así era su fama. Otro dato también fidedigno es el aprecio que mereció del jefe de estudios y después director de la Academia, José Villalba Riquelme.

Los cadetes eran demasiado jóvenes y recibían una enseñanza para el combate que resultaba excesivamente teórica y pensada además para guerras en Europa y no en las colonias. Pero la formación y el entrenamiento, en ocasiones muy duro, eran buenos. El libro de texto fundamental, *Reglamento provisional para la instrucción teórica de las tropas de infantería*, remodelado precisamente en 1908, se acomodaba sobre todo a las experiencias del Ejército alemán, cuya victoria fulminante sobre Francia en la guerra del 70 lo había convertido en un modelo.[8] En primavera se realizaban maniobras militares con bastante eficacia.

En Toledo se rendía culto a la Infantería, «reina de las batallas», de acuerdo con una vieja tradición española, y a las virtudes morales que se le atribuían: disciplina,

valor frente al enemigo, lealtad al mando, abnegación. Los compañeros de la promoción de Franco, como éste mismo, insistirán frecuentemente en la importancia que «la moral del soldado» reviste en la consecución de la victoria. Entre los alumnos de aquellos años figuran nombres que después adquieren protagonismo como el infante Alfonso de Orleans, Juan Yagüe, Sáez de Buruaga, Camilo Alonso Vega o Esteban Infantes. En la práctica lo que todos estos revelaban, como consecuencia de los años de formación, era la capacidad para adaptarse. En nada fallaron.

Siempre, al fondo, como las dos caras de la moneda: amargo recuerdo del 98, esperanza de nuevos laureles verdes en Marruecos. Se comprende que los jóvenes cadetes vieran en este último escenario la gran oportunidad: allí se podía ascender. Uno de los miembros de la promoción de Franco, Fernando Díez Giles, que era músico –abandonaría luego el Ejército para dedicarse a esta otra vocación– compuso una canción en la que pretendía simbolizar el conjunto de los valores morales de la Infantería. Es la que comienza con la frase «De ardor guerrero vibran nuestras voces» y fue estrenada el 8 de diciembre de 1908, fiesta de la Inmaculada Concepción, patrona del Arma. Bajo sus acordes, que hablan de «la fe, la Patria y el honor» combatieron y murieron, durante la Guerra Civil, muchos improvisados oficiales.

III. LA SEMANA TRÁGICA DE BARCELONA.

1. La cuestión de Marruecos sacudiría los cimientos del Régimen implantado por la Restauración, hasta el punto de que fue uno de los principales factores que coadyuvó a derribarlo. Sin embargo sería exagerado pretender que fuera la única causa. Mucho antes de que se produjera la Semana Trágica en la campaña que los partidos de izquierda desplegaron contra el Gabinete Maura, se aprovechó la presencia militar española en el Rif como un argumento contra su política. Se llegaba a decir que el Gobierno estaba preso en los intereses mineros. Maura fracasó en uno de sus proyectos decisivos cual era el establecimiento de un servicio militar obligatorio destinado a repartir de forma más equitativa las cargas humanas de la guerra. Tampoco se pensó, antes de 1918, en la constitución de unidades especiales de voluntarios, forma más adecuada para llevar a cabo una guerra colonial. La persistencia del régimen de cuotas que permitía redimir parte del servicio por dinero, permitió también a socialistas y anarquistas decir que sólo los pobres iban a la guerra.

Se apuntaba directamente contra la Monarquía y no como consecuencia de ningún revés en Marruecos, que todavía no se había producido. En los primeros meses de 1909 se produjeron manifestaciones republicanas, alentadas por los sectores de la izquierda. Según el diario *ABC*, que no podía estar interesado en exagerar la cifra, en la del 1 de marzo, celebrada en Madrid, se reunieron 80.000 personas, una cifra para la que no había precedentes. A las graves acusaciones de cohecho, absolutamente falsas, se sumaba la invocación sentimental: tantos jóvenes, que estaban siendo enviados a Marruecos para morir. De nada servían las rectificaciones en la prensa; se estaba demostrando la eficacia que tiene una propaganda, aunque sea puramente gratuita.

Es oportuno recordar que antes del verano de 1909 pudo creerse que el servicio en Marruecos iba a ser pura rutina. El Roghi, a los ojos del Sultán era un rebelde que se irrogaba poderes que no le correspondían y al que, en una escaramuza, las

tropas regulares dieron muerte. Así se inició una larga y sangrienta guerra: los kabileños se sublevaron y desde Melilla comenzaron a llegar noticias cada vez más alarmantes. El general José Marina, que ostentaba la Comandancia del sector oriental, comenzó a reclamar refuerzos. El 9 de julio de 1909 cuatrocientos rifeños atacaron los puestos avanzados de la Compañía minera y dieron muerte a cuatro trabajadores y a un soldado de la escolta. Las hostilidades ya no se detuvieron: dos días más tarde una harka de 6.000 rifeños puso en derrota a una fuerza española de 2.000 hombres. Marina indicó a Maura que necesitaba 20.000 para establecer la barrera de seguridad en torno a Melilla y a lo largo de la costa, donde estaban las minas.

Las noticias desfavorables, servidas por la prensa, llegaron a Francisco Franco durante las vacaciones que precedieron al tercero y último año de sus estudios en la Academia. Unidas a las manifestaciones, protestas y actos de terrorismo, se podía pensar que España se estaba precipitando en la ruina. Los militares deseaban que se mostrase una actitud más enérgica y aplaudían la que parecía decisión de Maura. Los políticos liberales y aun muchos conservadores vacilaban respecto a lo que podía ser para ellos más oportuno. Los socialistas reclamaban el cese absoluto de las reclutas y la retirada de Marruecos.

2. El general Linares, ministro de la Guerra, propuso a Maura obtener los refuerzos que se necesitaban movilizando a todos los reservistas «activos», la mayor parte de los cuales eran hombres casados, en tres regiones, el Campo de Gibraltar, Madrid y Cataluña. Con esto proporcionó un arma poderosa a la agitación (decreto del 10 de julio publicado el 11): era sin embargo el modo de contar más rápidamente con tropas entrenadas. El Gobierno español necesitaba hacer una demostración de fuerza para no ser arrastrado por circunstancias internacionales a la pérdida de sus derechos de protectorado y, tal vez, de sus plazas de soberanía. La eliminación de El Roghi por medios próximos al Sultán, parecía estar relacionada con el cambio de titular en el trono de Marruecos: en 1908 'Abd al-Aziz había sido derrocado por su hermano Muley Hafiz y en Madrid se creía que todo era resultado de una maniobra de Francia que, en aquellos momentos, buscaba también el acercamiento a Alemania. El 8 de febrero de 1909, en efecto, Francia y el Reich concertaron un acuerdo para prestarse recíproca ayuda en la defensa de sus intereses: este acuerdo parecía anunciar perjuicios para la presencia española en Marruecos. Tampoco dejó de sospecharse, por Maura y sus colaboradores, que la gravísima agitación que España padeció aquel año estuviera subvencionada desde el exterior.

En todo caso, había prisa en el restablecimiento de la situación militar en Melilla. Mientras los primeros reservistas movilizados llegaban al punto de embarque en Barcelona, el general Marina comenzaba su ofensiva contra los reductos rifeños, fijando como primer objetivo la conquista del monte Gurugú, que domina la ciudad. Aquí, en uno de los combates más duros, conocido como del «barranco del Lobo», murió el general Pintos el 27 de julio, y sólo la intervención directa de Marina impidió que la derrota se convirtiera en desastre. De todas formas la noticia de este desgraciado hecho de armas y de sus víctimas, comentada por la prensa, contribuyó a enardecer los ánimos ya muy exaltados en Barcelona y otros lugares. El Gobierno no podía impedir a los periódicos que sirvieran el reflejo de una situación que era grave. La ciudad de Melilla parecía amenazada.

En la tarde del 26 de julio de 1909 comenzaron a levantarse barricadas en Barcelona; se arrancaron millares de adoquines. Solidaridad Obrera, un movimiento nutrido en que predominaban los anarquistas, aunque contaba con fuertes núcleos socialistas e incluso republicanos de izquierda, había convocado una huelga general para impedir el embarque de los reservistas y protestar de las circunstancias económicas desfavorables. El periódico conservador *La Época* acusó a los lerrouxistas como si fuesen los organizadores de la agitación, teniendo en cuenta el rabioso anticlericalismo de que entonces alardeaba Lerroux, pero esta acusación no debe tomarse en cuenta. Por primera vez en mucho tiempo, fueron incendiadas iglesias y conventos y se registraron abundantes profanaciones. La población civil sufrió mucho. Linares decidió enviar a Valeriano Weyler, que ganara en Cuba fama de muy duro y que, en efecto, después de cinco días de ásperos combates, pacificó la ciudad, el 1 de agosto. Las llamas y ruinas en la ciudad hicieron de estos días la «Semana Trágica» de Barcelona. Quedó hecha la advertencia de que los movimientos revolucionarios en España iban a tener la destrucción de la Iglesia entre sus objetivos.[9]

Tratemos de imaginar cómo llegaron los ecos de los graves sucesos al joven cadete que se preparaba en Toledo para afrontar el último curso. Muchos años después recordaría detalles espeluznantes de sus lecturas en los periódicos, como una advertencia de las secuelas que deja tras de sí cualquier revuelta popular. El autor que se oculta bajo el seudónimo de Juan de la Cosa,[10] condensó en muy pocas palabras esa idea que perduraba en la memoria: «algunos energúmenos bailaban por las calles con cadáveres de monjas». En 1963, cuando se produjeron las movilizaciones de la opinión pública europea en favor de Julián Grimau, Franco estableció una comparación con las que acompañaron a la ejecución de Ferrer Guardia. La represión consecuente a la revuelta, aunque debe calificarse de moderada, tampoco podía contribuir al sosiego de los ánimos en la gran ciudad: las cárceles habían recibido un contingente excesivo de detenidos en espera de juicio, mientras a los transeúntes era dado contemplar las huellas aleccionadoras de la violencia.

El anarquismo podía ser presentado como movimiento sanguinario y brutal, pasando por encima de otros muchos planteamientos y aspiraciones: por tratarse de una revuelta armada los tribunales militares se declararon competentes, y Maura respaldó sus actuaciones aunque no puede decirse que interviniera en ellas. Un precedente para la norma asumida después por el Generalísimo. Fueron juzgadas 1.725 personas, de las que la mayoría quedó absuelta; de las diecisiete penas de muerte pronunciadas sólo se ejecutaron cinco. Las víctimas de la Semana Trágica habían sido muy numerosas también entre las fuerzas del orden público.[11]

3. El más famoso de los condenados a muerte llegaría a ser Francisco Ferrer Guardia, iniciado en París en los primeros grados de la Masonería, fundador del sistema pedagógico que llamaba Escuela Laica Moderna, muy conocido en Barcelona como difusor de enseñanzas ácratas y agnósticas. Procesado en rebeldía bajo la acusación de que era el instigador de los sucesos,[12] fue descubierto y detenido el 31 de agosto. Compareció ante un Consejo de Guerra el 9 de octubre y murió fusilado al amanecer del día 13, tras el «enterado» del Gobierno, que no apreció motivos para otor-

gar el indulto. Esta ejecución del maestro anarquista colocó a Maura ante un hecho sin precedentes, que se repetiría en época de Franco. Las principales capitales europeas se vieron conmocionadas por un movimiento de protesta hábilmente organizado por personas y grupos que se mantuvieron ocultos. Así se creó la sensación de que la «eterna intolerancia española» atentaba contra una figura de valor universal. Los historiadores no se encuentran en condiciones de juzgar la adecuación de la sentencia al delito, pero sí deben hacer constar que el eco que despertó era desmesurado porque se trataba de un personaje insignificante. Esta circunstancia hizo más fácil la propaganda.

Los escritos posteriores del Generalísimo no permiten dudar de que el joven Franco tomó nota de estos sucesos y, entre otras cosas, de la carta que Torcuato Luca de Tena, director de *ABC*, el diario madrileño que él fundara para defensa de la Monarquía, envió por medio del telégrafo, el día 17 de octubre de 1909, a los trece periódicos que consideraba más importantes del mundo. Sería reproducida en la misma fecha del año 1969 y por el mismo periódico, quizá como referencia a las repeticiones que se estaban produciendo:

> «He visto, con profundo dolor, la calumniosa cruzada dirigida contra mi Patria, por la pasión de algunos y el desconocimiento de la verdad por parte de otros. Ferrer ha sido juzgado por un tribunal legalmente constituido, que ha obrado de acuerdo con las leyes y que ha dado al acusado cuantas garantías dan los tribunales de los pueblos cultos y civilizados. No se le ha juzgado por sus ideas y sí por complicado en los actos que realizaron los revolucionarios que se entregaron en Barcelona al incendio, al saqueo, a la violación de religiosas y al asesinato de mujeres y niños. Ferrer resultó complicado en estos crímenes, según han declarado republicanos y radicales. La sesión del consejo de guerra fue pública. Ferrer eligió libremente su defensor, que cumplió su misión con entera libertad. No prendieron a este defensor, como se ha dicho. Ferrer pudo, durante muchos años, publicar sus libros, enseñar en la Escuela Moderna, desarrollar doctrinas anarquistas, excitando al incendio y al asesinato. Esto demuestra que no lo han condenado por sus ideas. Los que quieren calumniar a España ante Europa, ocultan la verdad. Los fusilamientos de Montjuich de que todo el mundo habla ahora como si se tratara de centenares de vidas, se reducen a cuatro en el espacio de dos meses y medio. Cuanto se ha dicho de tormentos es una mentira infame. Permita Vd., señor director, que un español que ama a su Patria y que ha dedicado su vida, su fortuna y su inteligencia al periodismo, se dirija a Vd., con la esperanza de que dará hospitalidad en su periódico a esta declaración, hecha con objeto de que se conozcan en el mundo entero las verdaderas causas de la condena de Ferrer que tanto empeño tiene en falsear el anarquismo internacional que de este modo quiere deshonrar a mi Patria».

4. Existe, pues, una estrecha relación entre los sucesos de Marruecos, los movimientos subversivos en Barcelona y la caída de Maura. Don Antonio estaba convencido de que España iba a enfrentarse con una maniobra que, provocada o aprove-

chada por potencias extranjeras, estaba dirigida a eliminar a España del escenario africano, según hemos dicho. El general Marina, a quien los refuerzos enviados permitieron disponer de 40.000 hombres lanzó su ofensiva hasta obligar a los rifeños a solicitar la paz (12 de octubre de 1909). El Gobierno español presionó al Sultán y sus consejeros hasta obligarles a pagar una indemnización de 190 millones de pesetas que fueron como una rehabilitación de la política de Maura. Para éste y para su política, llegaba demasiado tarde.

Asustados ante la desmedida reacción exterior –España ha sido siempre muy sensible a las opiniones europeas– el partido liberal y amplios sectores del conservador retiraron su apoyo a Maura cuando éste más lo necesitaba. Los historiadores destacan la importancia que tuvo esta auténtica ruptura del pacto dinástico. Segismundo Moret, jefe a la sazón del Partido Liberal, invocando la gravedad de la situación creada por el desvío de Europa, del que culpó al Gobierno, se enfrentó a Maura, el 19 de octubre, en un clima de irreparable hostilidad. El 21 Maura puso el hecho en conocimiento del Rey y éste aceptó su dimisión, antes de que le fuera presentada. Maura se sintió herido en su dignidad por lo que consideraba ingratitud del Monarca, declaró públicamente su hostilidad a Moret y legó a los suyos un resentimiento que veremos reaparecer en las horas difíciles de 1931.[13] Los resultados fueron malos: Moret permaneció en el poder sólo tres meses y Alfonso XIII apareció comprometido en esta crisis «oriental» que abría una grieta irreparable en el edificio de la Restauración.

Moret se había apoyado, para su maniobra, en los republicanos y en los socialistas que, tras la caída de Maura, institucionalizaron su alianza en forma de Conjunción que no ocultaba su propósito de acabar con la Monarquía al mismo tiempo que destruían para siempre el conservadurismo. ¡Maura no! era ya grito de batalla. Fueron los propios liberales quienes advirtieron al Rey lo que ocurría. En febrero de 1910 Alfonso XIII se negó a firmar el decreto de disolución de las Cortes y provocó la caída de Moret. José Canalejas le sustituyó.

Canalejas obtuvo la firma del Rey para la disolución de las Cortes y pudo fabricar una mayoría. Sus oponentes han dado excesiva publicidad a la intervención de los caciques en estas elecciones, pero ni el hecho constituía novedad ni parece tampoco que hubiera más excesos que en todas las ocasiones anteriores. La novedad estaba en dos cosas: el pasado de Canalejas que había empezado en el krausismo y como republicano –lo que llevó a la atribución de un anticlericalismo que no existía– y la primera aparición de los socialistas en las Cortes.[14] Pablo Iglesias, nacido en El Ferrol, como Franco, ocupó su escaño dispuesto a combatir al Ejército, a la Iglesia y a las demás «instituciones necesarias para este régimen de insolidaridad». El 7 de julio de 1910, en un discurso que se haría sumamente famoso, dirigiéndose a todos los demás diputados, dijo:

> «El Partido socialista viene a buscar aquí lo que de utilidad pueda hallar, pero la totalidad de su ideal no está aquí. La totalidad se entiende que debe entenderse de otro modo. Es decir, que este Partido no ha cambiado de opinión respecto a este particular; estará en la legalidad mientras la legalidad le permita adquirir lo que necesita; fuera de la legalidad cuando ella no le permita realizar sus aspiraciones».[15]

Algunos conceptos de este amenazador discurso merecen ser retenidos: la apelación al término «totalidad», raíz del totalitarismo, que fue introducido por el PSOE en la vida política española, y la inversión de conceptos en cuanto a la legalidad, únicamente respetable si coincide con los intereses propios, pues anunciaba la falta de respeto hacia los ajenos. Liberales y conservadores hubieran debido extraer las consecuencias de algo que se presentaba con claridad meridiana. Aquel día el Parlamento de la Restauración aceptó que era lícito procurar su propia muerte junto con la de la Monarquía.

IV. EL SEGUNDO TENIENTE.

1. Durante el último curso que Franco permaneció en la Academia de Toledo fue director de ésta el coronel José Villalba Riquelme, que ya conocía al joven cadete porque había ostentado previamente la dirección de Estudios, y que un año después pasaría a mandar las fuerzas de Regulares marroquíes. Profundamente monárquico, por afecto personal a Alfonso XIII, y hombre de fuerte personalidad, todos los biógrafos coinciden en reconocer que influyó sobre los ya próximos a convertirse en oficiales –él mismo les entregó los despachos el 14 de julio– moviéndolos a buscar con empeño un puesto en las fuerzas destinadas a Marruecos. Los alumnos que componían la promoción de Franco eran 312 y en ella el futuro Generalísimo tenía el número 251, no muy brillante. La promoción, tomada en conjunto, sí lo era: 96 muertos en el campo de batalla, 4 laureadas y 12 medallas militares individuales constituyen, desde el punto de vista del Ejército, un palmarés impresionante.

Bajando la cuesta desde el Alcázar hasta Zocodover, ignorante de todo punto de las circunstancias que le tenía reservado el destino para que el 29 de setiembre de 1936 volviera a subirla para ir al encuentro de Moscardó, el joven segundo teniente, empleo que equivale al de alférez y que constituía una etapa de formación, llevaba consigo algunas convicciones que no le abandonarían, especialmente dos: la adhesión al Ejército, que se materializaba en disciplina y obediencia a las órdenes del mando, y vínculo personal hacia algo permanente que se identifica con la Patria. Son valores, conviene precisarlo, que actualmente apenas se reconocen como tales. Desde este punto de vista aparece Franco como «arcaico».

Claude Martin,[16] que es uno de los primeros biógrafos que intentó penetrar en el esquema mental por el que se guió Franco, hace una observación que es seguramente certera: la educación recibida por el joven teniente en Toledo, que presentaba los principios mencionados como verdaderos, absolutos, objetivos y permanentes, era diametralmente opuesta a la que Francisco Giner de los Ríos y la Institución Libre de Enseñanza proponían a la intelectualidad española. Es bien sabido que el Generalísimo mostró abierta oposición a la Institución: si se le juzga desde los valores propugnados por ésta –pluralismo, duda metódica, repudio del patriotismo, desconfianza hacia el principio de autoridad, laicismo, etc.– se torna incomprensible. Es la causa de que las obras a él referidas en la actualidad se pronuncien negativamente. Volviendo al caso de Ferrer Guardia, probablemente Franco hubiera disentido del planteamiento hecho por Luca de

Tena en su carta: lo peligroso del personaje sería su doctrina y lo disculpable en todo caso las acciones.

2. Desde muy joven –y poseemos escritos suyos desde antes de 1920– Franco aparece alineado, sin cambios ni vacilaciones, entre aquellos que consideran que España, la Patria, es una suma de valores heredados que no dependen del consenso de una generación ni de la voluntad de unos hombres determinados: son permanentes y, por tanto, indiscutibles. Le parecía que el Ejército, tomado en su más amplio sentido, tenía la misión de custodiarlos y también de educar a sus miembros en ellos. A la vez, ese Ejército era medio para la afirmación de su persona y vehículo para su promoción social. Hizo cuantos sacrificios juzgó necesarios para conseguir ascensos: su éxito consistió en situarse siempre en un grado muy por encima de su edad; aborrecía los criterios que trataban de colocar la antigüedad sobre el mérito.

Como todos los cadetes de Toledo, tan influidos por el coronel Villalba, solicitó ser destinado a Marruecos, pero su número era demasiado bajo y la instancia fue rechazada: de momento no hacían falta nuevos refuerzos y tuvo que conformarse con el que constituía para él destino más conveniente, en el Regimiento de Zamora número 8 que estaba de guarnición en El Ferrol. Sin haber cumplido todavía los dieciocho años, Franco volvía a casa con uniforme de oficial de Infantería.

¡Qué importante sería, para cualquier historiador, disponer de testimonios directos que permitiesen conocer los sentimientos que en el jovencísimo teniente segundo despertaban los sucesos de estos años! La insistencia con que renovó sus demandas para servir en África nos permite acercarnos a un punto en el que se superponen dos motivos, uno general y un poco altisonante –se ofrecía al Ejército la oportunidad de redimirse del recuerdo de Cuba– y el otro particular, pues en aquellos eriales estaba la oportunidad de la acción y el ascenso, como alternativa de la tediosa y gris vida de guarnición. Bien es cierto que esta segunda era tranquila mientras que la primera podía acabar prematuramente en un hoyo de dos metros de largo.

El 22 de agosto de 1910 Franco se presentó en el cuartel llamado de los Dolores, sede de su Regimiento y comenzó a vivir esa rutina. Los diecisiete meses que nos separan de febrero de 1912 son como una página en blanco –una nueva generación salió de la Academia, aliviando el inconveniente de su número demasiado bajo– pero en ella se inscribe un detalle personal: su ingreso en la Adoración Nocturna,[17] sin duda bajo influencia de su madre. Es detalle importante. Sus compañeros de armas en África, los años inmediatos siguientes han recordado que no se mostró aquí demasiado religioso: es posible que atravesara un período de apatía o frialdad. Hasta el día de Xauen, en 1924.

A este período corresponde también el nacimiento de una estrecha camaradería entre tres jóvenes oficiales, Franco, su primo Franco-Salgado, y Camilo Alonso Vega, que permanecerían juntos hasta el fin de sus días. Los cuidadosos recuerdos que el segundo de ellos fue recogiendo, permiten a su vez otra comprobación: cuando tuvo poder para hacerlo, el Generalísimo no otorgó a sus amigos ascenso o mando que no creyera que lo tenían sobradamente merecido. Los tres, desde su tranquilo regimiento de Galicia, insistieron, una y otra vez, en sus demandas de ir a África. Y, al final, lo consiguieron. Pero esto forma parte de una Historia de tono mayor.

V. MARRUECOS, AL FIN.

1. En diciembre de 1909, como una consecuencia de las operaciones militares del general Marina, España consiguió del Sultán el reconocimiento de un derecho de ampliación de territorio militarmente ocupado en torno a las plazas de soberanía y como seguridad de éstas. En conjunto significaba apenas el 7% del espacio asignado a España en sus negociaciones con Francia. Paz incierta porque se había establecido con unas autoridades que no eran obedecidas en todo el territorio: los jefes de las kabilas rifeñas no la respetaron y se multiplicaban conflictos locales . El empeño que Franco y sus compañeros mostraban en ser destinados a África, entrañaba un fuerte peligro; de todos era conocido que algunos compañeros de promoción habían muerto ya en el lejano escenario. Los adversos al Generalísimo tratan de desviar la cuestión diciendo que no le movía otro deseo que el de obtener mejor sueldo y ascenso más rápido; esto puede haber sido verdad, pero no toda la verdad. Todo militar de carrera aspira, naturalmente, a elevarse en su grado, pero eso no es nunca obstáculo para que, en su decisión, muestre las dotes de valor y de mando. Mientras las turbas, en Barcelona, justificaban su movimiento para «no ir» a África, el futuro Generalísimo y sus amigos, ponían en marcha sus influencias cerca del coronel Villalba para «ir». Franco arrostraría, como consecuencia de tal decisión, gravísimos peligros.

La voluntad de integrarse en unidades que estuviesen en línea de fuego fue compartida por casi todos los miembros de las promociones de aquella segunda década del siglo XX y constituye lo que, según expresión que cuajó, era una «llamada de África», punto de partida e imperativo moral sobre los que se edificaría toda una actitud que, para entendernos, hemos de denominar «africanista». Entre otras cosas era un antídoto contra el pesimismo generado por la derrota del 98. Los ascensos por méritos, frente a la pura antigüedad, también se integraban en esta mentalidad.

La empresa marroquí tenía abundantes aspectos que la hacían impopular y que se aireaban en los periódicos. Como todas las guerras coloniales se desenvolvía en un territorio extraño y alejado, descrito como mucho más terrible de lo que era en realidad. No se empleaban en ella tropas profesionales de voluntarios, como era el caso británico, sino reclutas ordinarias: además, el sistema de cuotas que permitía redimirse a los más pudientes, limitaba la movilización a los más pobres; no contaban con espíritu militar, preparación remota ni instrucción medianamente conveniente. En los últimos cinco años la diplomacia francesa había maniobrado hasta reducir el espacio territorial asignado a España a un trozo de desierto rocoso, escaso en agua, del que era difícil obtener rendimientos agrícolas. La intendencia tenía que soportar una carga agobiadora.[18]

Los partidos políticos, cuando estaban en la oposición, y en especial republicanos y socialistas, parecían siempre dispuestos a utilizar la cuestión de Marruecos como un arma contra el Gobierno,[19] según Maura tuviera ya ocasión de experimentar. Los liberales preferían referirse a los errores de sus adversarios, pero los socialistas, desde un planteamiento marxista, presentaban el Protectorado como «criminal atentado» contra las poblaciones rifeñas y como una secuela del «imperialismo capitalista» que sacrificaba la vida de pobres soldados para beneficiarse de los minerales. Cabe preguntarse si se trataba, en definitiva, de descarada propaganda y nada más, ya que veinte años más tarde, al participar en el Gobierno, los socia-

listas admitieron la legitimidad del protectorado y no hicieron ninguna insinuación para cambiarlo; al contrario sostuvieron que era provechoso para España y para los moradores del Rif.[20] Era tan sólo cuestión de intereses, pero la propaganda calaba en la gente sencilla.

Tampoco eran muy favorables al Gobierno los sentimientos de la oficialidad, aunque por causas muy diferentes: se sentían «víctimas de la oligarquía gobernante», como escribió Mola,[21] porque eran enviados a cumplir una misión para la que no se facilitaban los medios adecuados. Sin intendencia eficaz ni buen armamento, reclutas de escasa preparación y extraños al país, tenían que enfrentarse a guerrilleros muy valerosos que conocían cada piedra del camino, cada sendero del monte, cada vericueto. Los jefes tenían las manos atadas pues los planes de campaña tenían que discutirlos con profanos que se mostraban sumamente críticos. Los políticos madrileños, por razones que escapaban a la comprensión de los militares, señalaban el ritmo de las operaciones e impedían que se alcanzasen los objetivos que la estrategia consideraba imprescindibles. La tesis, sostenida por Mola, era que se estaba repitiendo el error de 1898: enviar al Ejército a una guerra y prohibirle ganarla. Los militares africanos creían tener motivos para desconfiar de los políticos.

2. En 1911 se sucedieron los acontecimientos que cambiarían la trayectoria profesional del teniente Franco. Tropas españolas desembarcaron en Larache, mientras los franceses tomaban posesión de Fez (4 de mayo) y dejaban bien clara su intención de ejercer efectivamente el protectorado. El Kaiser entendió que todo esto formaba parte de una maniobra para alejar a Alemania del escenario, denunció el Acta de Algeciras y envió un cañonero, el Panther, a las costas de Agadir, como si estuviera decidida a efectuar un desembarco: en realidad sabemos ahora que se trataba de obligar al Gobierno francés a ofrecer compensaciones en el Camerún, pero en el primer momento, Canalejas, que se enfrentaba con la oposición parlamentaria a causa de la Ley de asociaciones religiosas y con conflictos obreros, temió que pudiera verse en peligro su poder. No le quedaba otra salida que la de hacer suya la política marroquí que antes censurara en Maura, llegando a un acuerdo con Francia para delimitar la zona española.

Las negociaciones, que conducirían al acuerdo de noviembre de 1912, fueron simultáneas de operaciones militares. En Yebala, frente a Ceuta, apareció el bajá de Arcila, el Raisuni, célebre por su versatilidad y falta de respeto a cualquier legalidad, y en la zona oriental un curioso guerrillero, Mohammed al-Mizzian –al que no une ninguna relación con el general del mismo sobrenombre de la época de Franco– caudillo de las Banu Ifrur. Había convencido a los suyos de que sólo una bala de plata podía matarle. El 24 de agosto de 1911 un destacamento español, que levantaba planos en Ras Medua, no lejos de Melilla, fue atacado por los rifeños; murieron en la operación un cabo y tres soldados. Corrió la voz por las kabilas de que era relativamente fácil vencer a los españoles y de las montañas bajaron a reforzar a los que eran rebeldes a la autoridad del Sultán. A pesar de que los españoles realizaron una operación de castigo entre los días 27 y 29, asegurando el oeste de Melilla hasta el Kert, no pudieron cruzar el río y establecer la sólida cabeza de puente que necesitaban. La Comandancia de Melilla se encontraba ahora a la defensiva frente a una rebelión cada vez más violenta.

Marruecos estaba entrando en el juego de la gran política: se anunciaba en 1911 la coalición balcánica contra Turquía que sería causa de la guerra del año siguiente; en la escalada continua hacia un conflicto entre las grandes potencias, éstas daban mucha importancia a las reservas mineras africanas. Del control de la línea del Kert dependía que pudieran abastecerse los cargaderos de Melilla. Como dos años antes, hubo que enviar refuerzos apresurados. Se necesitaban especialmente oficiales ya que el Gobierno español había decidido poner en marcha las fuerzas «regulares» previstas en el Acta de Algeciras; las primeras unidades que se constituyeron estaban a las órdenes de Dámaso Berenguer, comandante de Caballería. Hubo un verdadero movimiento hacia África: nombres para un futuro, como Miguel Primo de Rivera, José Sanjurjo, Maximiano Bartomeu o Emilio Mola, aparecen en la relación de aquellos días. En sentido contrario los socialistas promovían manifestaciones tomando como lema su oposición a la guerra: en setiembre de este año se suspendieron las garantías constitucionales y se decretó el estado de sitio en Bilbao. De nuevo los dos Franco y Alonso Vega cursaron sus instancias sin olvidar en ellas una demanda de recomendación a su antiguo jefe, el coronel Villalba.

Un nuevo chorro de agua fría: el Gobierno no necesitaba por ahora más oficiales. Con los primeros refuerzos recibidos el general José García Aldave hizo una operación de limpieza por toda la línea del Kert, en sus dos orillas, sin intentar sobrepasarla porque tales eran las instrucciones de Madrid. Las kabilas parecieron también conformarse. Un enviado del Sultán, Sidi al-Bachir ben Sannah, se reunió con Aldave el 26 de noviembre para firmar la paz, a la que dieron su asentimiento sesenta jefes rifeños: los españoles se comprometían a no instalarse al oeste del Kert, mientras los moros garantizaban su respeto al ferrocarril.

3. La paz tuvo una duración extremadamente breve. En realidad había servido a los jeques kabileños para demostrar su falta de obediencia al Sultán, a quien no necesitaban. El Mizzián preparó a los suyos durante tres semanas y en la noche del 21 al 22 de diciembre de 1911 atacó en un frente de sesenta kilómetros haciendo saltar las defensas españolas de la línea pactada sobre el río Kert. Los telégrafos funcionaron con gran rapidez y se enviaron nuevos refuerzos. Al fin llegaba el turno a los jóvenes tenientes: una orden del Ministerio de la Guerra (6 de febrero de 1912) los destinaba a Marruecos en situación de excedencia, es decir, sin empleo fijo; el general Aldave podría utilizarlos en donde le pareciera más conveniente. Implícitamente la orden significaba que se les enviaba a servir en Regulares.

De este modo tan sencillo comenzaba la más extraordinaria carrera militar española de los tiempos modernos. Obsesionados por la idea de no perder un tiempo que podía ser precioso, los tres amigos decidieron cruzar la bahía, desde El Ferrol a La Coruña, a fin de tomar en esta ciudad el tren nocturno que debía llevarlos a Madrid: prestaba el servicio un pequeño transporte «Paulina» que hubo de capear el temporal, de modo que una etapa mínima consumió ya cinco horas. No parece que se enfriase por esto el ánimo de los aspirantes a héroes, pues sin descanso, tomaron el tren, enlazaron en Madrid con el expreso de Málaga y en la mañana del 17 se presentaron a sus superiores en la Comandancia Militar de Melilla. Franco-Salgado fue enviado a Medua, mientras que Franco Bahamonde y Alonso Vega eran destinados al 68 del coronel Villalba.

El 24 de febrero de 1912 Franco volvió a encontrarse con el antiguo director de la Academia en el fuerte de Tifasor, cercano a Melilla. La primera orden que de él recibió contrastaba fuertemente con el tono de las enseñanzas impartidas en Toledo: lo más urgente era buscar una funda de cuero para su sable pues los «pacos» –nombre que se daba a los tiradores individuales ocultos– identificaban a los oficiales, víctimas preferidas, por el destello metálico que aquéllos producían.

VI. EL TENIENTE DE REGULARES.

1. Realmente África era otra cosa. En este nuevo campo de experiencia, las enseñanzas teóricas obtenidas en la Academia servían de bien poco. Franco tuvo que aprender nueva doctrina y nueva práctica, sobre la marcha, sin perder tiempo, y bajo el fuego enemigo.[22] En 1924, al iniciarse la «Revista de tropas coloniales», escribiría estas palabras: «Un año y otro fuimos tropezando, en nuestras expediciones africanas, con la falta de preparación y constancia para el fin propuesto, que se tradujo en gastos cuantiosos y excesos de sangre derramada, poniéndose constantemente a contribución el espíritu de sacrificio del Ejército y el patriotismo de nuestros ciudadanos». El resultado de su experiencia que, según confesión propia, debía mucho a la de los franceses, fue una nueva noción de las condiciones necesarias para ganar una guerra, las mismas que desesperaban a los observadores y consejeros de la Wehrmacht en 1937, pero que habrían de permitirle lograr la victoria de 1939 partiendo de condiciones de inferioridad económica y numérica muy acusadas.

Francia asumió el Protectorado sobre Marruecos, subrogando para España por el tratado de Fez de noviembre de 1912 una zona compuesta de dos grandes núcleos montañosos, Yebala al Oeste y Rif al Este, habitadas exclusivamente por musulmanes –había núcleos judíos en las ciudades– que, desde tiempo inmemorial, hicieron de la guerra un arte y un modo de vida. La autoridad pertenecía a los tradicionales jefes religiosos y xerifes. Durante más de diez años la iniciativa estuvo siempre en manos de estos caudillos: las unidades españolas operaban a la defensiva y con vacilaciones porque el Gobierno de Madrid no deseaba comprometerse en demasía, y anhelaba poder firmar cuanto antes un tratado que le permitiera anunciar el fin de las hostilidades.[23]

«Marruecos = Regulares»; con estas dos palabras establecía el Generalísimo, muchos años más tarde, el enlace con el recuerdo de la primera vez que entrara en fuego, el 19 de marzo de 1912 al mando de una sección de reconocimiento de tropas indígenas, que fue hostigada cerca de Imetayen por los guerrilleros de al-Mizzian. También confesaría que aquellos soldados marroquíes le inspiraban tal desconfianza que, la primera noche, permaneció casi sin dormir y con la pistola al alcance de la mano. El bautismo de fuego no tuvo como escenario ninguna gran batalla; sólo una más entre las operaciones de limpieza que García Aldave había dispuesto para poder establecer la línea de blocaos y fortines a lo largo del Kert. Aquella primavera el teniente Franco tomó parte al menos en dos acciones, ocupación y fortificación de Samman e instalación de una guarnición en Ras Medua. Cuando García Aldave se preparaba para lanzar la ofensiva el Gobierno, asustado por la prensa, que se refería a numerosas víctimas, le ordenó detenerse. El 11 de mayo las operaciones se detuvieron, volviendo las tropas a la defensiva rutinaria.

Los meses de la primavera y verano de 1912 fueron como un eje sobre el que comenzó a girar la vida de Franco. El 15 de mayo al-Mizzián descolgó sus harkas de valientes rifeños esperando repetir su éxito del 21 de diciembre, pero el ataque fue rechazado y el caudillo murió a causa de una vulgar bala de plomo, y no de plata, que le disparó el cabo de Infantería Gonzalo Sauco. Los mandos españoles ordenaron rendir a su cadáver, enterrado en Segangan, honores militares.[24] Ese día, Francisco Franco, avanzando con su sección sobre el aduar de Haddu Allal-u-Kaddur, llamó la atención de Dámaso Berenguer que pregunto quién era el joven teniente.[25] El 6 de junio cesó lo que podríamos denominar su aprendizaje, asumiendo en propiedad el mando de la sección que ya le pertenecía. Siete días más tarde el Boletín Oficial publicaba su ascenso a primer teniente: fue el único, en toda su carrera, que se le otorgó por antigüedad. El 28 de agosto se le envió a la posición de Uixan, que custodiaba las minas de Hanu Ifrur, como jefe de la misma. Deberíamos recordar aquí que aún no había cumplido veinte años.[26]

2. Canalejas murió asesinado el 12 de noviembre de 1912, quince días antes de que se firmara el tratado de Fez, cuya negociación, sin duda, le corresponde. Francia asumía la representación internacional completa de la soberanía marroquí.

Para dar forma jurídica a la anomalía que significaba la subrogación –en la vida corriente se entendió que se había producido tan sólo un reparto– fue reconocida a la Zona española autonomía administrativa: un delegado del Sultán, con título de jalifa, residiría en Tetuán asumiendo el gobierno, auxiliado por el majzen y mediatizado por un alto comisario español, que podía contar con las fuerzas de ocupación. El primer comisario fue el general Francisco Gómez de Jordana, persona de gran prestigio. El primer jalifa fue Muley el-Mehdí ben Isma'il. La entrada del general Alfau en Tetuán (febrero de 1913) fue descrita por los periódicos españoles en términos muy jubilosos. El 20 de abril se instaló en esta ciudad el jalifa.[27]

Ilusiones prematuras, sin duda alguna, las que alimentaban en aquellos momentos los periódicos: la entrada en Tetuán anunciaba tan sólo el comienzo de una larga y dura serie de operaciones para los próximos dieciséis años. Las guarniciones españolas de Arcila y Larache, mandadas por el teniente coronel Manuel Fernández Silvestre, comenzaron a ampliar la zona de dominio adelantándose a las maniobras del Raisuni. Todos parecían respetar la internacionalidad de Tánger. Franco, que no abandonó África aquellas Navidades de 1912 a 1913, y seguía siendo comandante de la posición de Uixan, ante el ascenso de su coronel, destinado a la Península, solicitó el traslado a las unidades del frente occidental, convencido de que aquí iba a librarse la próxima fase activa de la guerra. El 24 de marzo pasó a Atlaten y allí recibió la medalla de África con mención elogiosa para su comportamiento (4 de abril de 1913). El 15 de abril, todavía en fuerzas regulares de Melilla, tomaba el mando de una sección en el campamento de Sebt.

La aparición del jalifa, como representante del poder central, no trajo la paz: bien al contrario los caudillos locales consideraron esta presencia como una amenaza para su propio poder. Yebala crearía su personaje de leyenda, Muley Mohammed, llamado el Raisuni, como el Rif fabricaría más tarde el suyo, 'Abd el-Krim. El Raisuni estaba acostumbrado a que su voluntad fuese ley en los agrestes parajes de Yebala: poseía la inteligente habilidad del beduino y también su falta de fidelidad a

los pactos firmados a la europea. El general Alfau no tenía más remedio que proceder a nuevas operaciones, acompañados de trabajos de infraestructura destinados a asegurar las comunicaciones entre Larache, Tetuán y Ceuta. Pero estos proyectos constituían, a los ojos del Raisuni, una clara amenaza contra su propio poder. Los servicios secretos españoles comenzaron a detectar la presencia de agentes alemanes que prometían al Raisuni apoyo del Kaiser en armas y en dinero: el fin de la guerra balcánica sólo servía para que se acelerasen los preparativos de la próxima contienda. El ahora coronel Fernández Silvestre respondiendo a las sugerencias del Gobierno de Madrid, intentó lograr un pacto con el caudillo. Consiguió celebrar con él una entrevista en Tánger, considerada como ciudad neutra y segura para ambos. Fue aquí en donde el Raisuni se comparó con el mar frente al viento que atribuía a Silvestre: era un desafío o una amenaza.[28]

3. Las hostilidades se recrudecían en Marruecos en la primavera y el verano de 1913 en circunstancias muy desfavorables. La muerte de Canalejas había significado una especie de «ruptura final» en el esquema de la Restauración[29] mientras se abría un tiempo de debates parlamentarios sumamente inestables.[30] Mientras tanto el Raisuni movilizaba grandes fuerzas, obligando a los españoles a plantearse la guerra en dos frentes: Tetuán, Larache y Alcazarquivir se sintieron amenazadas. Algunas unidades tuvieron que ser transferidas desde la Comandancia de Melilla a la de Ceuta; entre ellas se encontraba la sección que mandaba el teniente Franco. La hoja de servicios del futuro Generalísimo se convierte, a partir de este momento, en un documento precioso, sumamente ilustrativo en sus datos. Habiendo salido de Melilla, por mar, el 17 de junio de 1913, se presentó el 21 en Laucien, posición ocupada desde diez días antes por José García Moreno y Miguel Primo de Rivera. Fue éste, probablemente, su primer contacto con el futuro dictador. Destinado a la guarnición de Tetuán –esto es, a las fuerzas que formaban su cobertura exterior– no se le permitió el menor respiro, ni a él ni a sus soldados marroquíes: Wad Ras, Beni Sidel, Ben Karrich, son nombres que se asocian en su memoria a las escaramuzas continuas de esta guerra tan oscura para los españoles.

Entre agosto de 1913 y julio de 1915 ocupó la Alta Comisaría, sustituyendo a Alfau, el general Marina. Éste solicitó y obtuvo el envío de refuerzos, hasta contar con 22.000 hombres, decidido como estaba a rechazar al Raisuni hasta los altos riscos y asegurar el funcionamiento del ferrocarril de Tetuán a Río Martín. Duros combates se produjeron como consecuencia de esta decisión y el 27 de setiembre de 1913 –recuperación de la posición llamada de Izarduy por el capitán que murió defendiéndola– Franco es mencionado en el parte por su valor y su habilidad, al tomar la iniciativa de una maniobra de flanco que obligó al enemigo a huir.[31] El 12 de octubre, al tiempo que se inauguraba el ya citado ferrocarril, el teniente Franco recibía la Cruz al Mérito Militar de primera clase con distintivo rojo. Entre los que destacan por estos mismos días en las ásperas luchas figura también Queipo de Llano.[32]

Un rasgo del carácter de Franco comienza a perfilarse entonces, y lo explicaría años más tarde Indalecio Prieto con una frase muy escueta: «valor que llega al límite». No se trata únicamente del alarde acorde con las Ordenanzas, desprecio a la propia vida, sino de algo más complejo pues se une, como Stanley G. Payne ha señalado, a un acercamiento a los soldados, una especie de vínculo no a las oligarquías de

los poderosos, como a veces se ha pretendido erróneamente, sino al pueblo entendido como conjunto de valores. Es una característica común a los «africanos», como empieza a llamarse a los oficiales del lejano escenario. Franco, procedente de una familia militar de clase media, se identificaba con todo lo que pudiera calificarse de popular o nacional.

Al terminar el año, y gracias a los esfuerzos militares realizados, la situación en las dos zonas del Protectorado español aparecía estable, aunque no se había efectuado la ocupación de todo el territorio asignado en el tratado de Fez. En la Comandancia militar de Ceuta los españoles dominaban Tetuán, Larache, Alcazarquivir y los territorios inmediatamente circundantes; resultaba difícil y costoso mantener abiertas las líneas de comunicación, combatidas por las guerrillas del Raisuni. Los tiradores aislados causaban verdadero pánico. Los soldados españoles se fatigaban: hasta el 19 de diciembre no pudo Franco disfrutar de unos días de permiso, por la Navidad, sin salir de Tetuán. El mando español, que carecía de medios suficientes para someter la revuelta y estaba por ello obligado a improvisar en un terreno verdaderamente inhóspito, recurrió al procedimiento de defender las líneas de comunicación por medio de elementales fortificaciones de sacos terreros, llamados blocaos, en las que instalaba a pequeños grupos de soldados al mando de un oficial con orden de defenderlos hasta la muerte, orden que varias veces recibió el teniente Franco. Estas posiciones prácticamente aisladas y sin contacto con ningún núcleo urbano, tenían que recibir desde fuera todos los elementos necesarios para la supervivencia, incluyendo el agua y la leña para cocinar. Reaparecerá este sistema durante la Guerra Civil española. Para la endeble intendencia española se trataba de una prueba demasiado dura.

Un último dato, que debe tenerse en cuenta para comprender actitudes posteriores de Franco. Aquel invierno, último de paz en Europa, se supo que una empresa alemana fuertemente vinculada al Kaiser, los hermanos Mannesmann, habían ofrecido al Gobierno español, presidido por Eduardo Dato desde octubre de 1913, interponer su influencia cerca del Raisuni hasta lograr la completa sumisión de Yebala si les era otorgada una opción de compra sobre toda la producción de las Minas del Rif. Minerales marroquíes y españoles podían desempeñar papel importante en la tensa política internacional.

VII. ASCENSO A CAPITÁN. LA GRAVE HERIDA DE EL BIUTZ.

1. Fue especialmente dura y sangrienta la jornada del 1 de febrero de 1914 en Beni Salem, afueras de Tetuán. El general Aguilera, con dos columnas, en una de las cuales a las órdenes de Dámaso Berenguer se hallaba el teniente Francisco Franco, hubo de emplearse a fondo para rechazar un ataque enemigo que se proponía nada menos que tomar Tetuán. Berenguer dispuso que se abriese expediente para el ascenso por méritos de guerra de aquel tenientillo que –recuérdese– tenía veintiún años de edad. Tardaría un año en sustanciarse con resolución favorable.[33] Mientras tanto el interesado volvía a la fatigosa rutina de vigilar las comunicaciones, salvo en pequeños períodos de reorganización y descanso en Tetuán. Resultaría en exceso monótono, e innecesario para el estudio que aquí intentamos, hacer una relación minuciosa de

las acciones en que entonces participó, mera rutina de unas hostilidades que se iban prolongando indefinidamente, pues no había recursos suficientes para liquidarlas.

Al comenzar la guerra en Europa, el 1 de agosto de 1914, el Gobierno español, que había tomado la decisión de permanecer neutral –«¡porque no podíamos ser otra cosa!», diría crudamente Unamuno– recomendó a los mandos militares en África que extremasen su prudencia porque la otra potencia protectora, Francia, era beligerante principal y los agentes alemanes, bien provistos de dinero, se estaban moviendo con agilidad entre las kabilas. Se les pedía, de manera especial, que mantuviesen las mejores relaciones posibles con los jefes locales marroquíes evitando cualquier gesto que pudiera ser considerado enemistoso, por parte de Francia, o como de ayuda especial a esta última, molestando a los alemanes. El dinero de los agentes del Kaiser instalados en Tánger ayudó al Raisuni y sirvió para activar las hostilidades también contra los españoles. Nuevamente en acción, Franco se distinguiría otra vez en Beni Hosmar el 16 de enero. Y el 15 de marzo le llegó la noticia del ascenso a capitán por méritos de guerra, con antigüedad remontada al 1 de febrero de 1914: era el más joven entre los de su grado.

El 1 de abril de 1915, cosidas ya a la guerrera las tres estrellas de seis puntas, Franco llegó a Ceuta en calidad de disponible: no había vacante de capitán en Marruecos y él no quería regresar a la Península. Consideró afortunado el encargo que recibió, el 8 de abril, para reclutar y organizar una nueva compañía de soldados indígenas, destinada a convertirse en la tercera del tercer tabor de Regulares. Organizar sería precisamente uno de los aspectos más destacados en su talento militar. Cumplió esta misión en Tetuán: los voluntarios marroquíes acudían con facilidad a colocarse bajo su mando porque le aureolaba una fama alimentada por leyendas y anécdotas que, con toda probabilidad, no siempre eran verdaderas, pero que conducían al reconocimiento de dos facetas sin duda correctas: valor imperturbable y preocupación por el ahorro máximo de vidas en el campo de batalla.[34]

No era frecuente, en las guerras coloniales, esta especie de vinculación personal entre los oficiales y sus soldados indígenas. Debe insistirse en que, como teniente o como capitán, Franco tuvo exclusivamente mando sobre marroquíes musulmanes, tropas en que no existían capellanes católicos. Luego gobernaría el Tercio de voluntarios extranjeros, pero nunca reclutas ordinarios. El 29 de noviembre de 1915, concluida la instrucción, la nueva compañía formada por Franco quedó incorporada al segundo tabor: el jovencísimo capitán fue designado cajero. Como tal le correspondía la misión de llevar consigo el dinero necesario para pagar a los soldados marroquíes, habituados a percibir sus salarios con toda puntualidad. Se trataba, a veces, de sumas considerables.

2. En el verano de 1915 el nuevo alto comisario, Jordana, consiguió llegar a un acuerdo con el Raisuni que, mediante compensaciones, accedió a garantizar las líneas de comunicación establecidas en la zona occidental del Protectorado. Gracias a esta cooperación, el general Villalba pudo ocupar posiciones que aseguraron, hasta abril de 1916, una relativa paz. Fueron, sin duda, meses tranquilos para Franco, y muy útiles porque pudo dedicarlos a la preparación de su compañía. Al parecer el Raisuni acabó convenciéndose de que la colaboración con los españoles había de proporcionarle grandes ventajas y, mediante ésta, pudo Jordana establecer una especie de cordón sani-

tario en torno a la zona internacional de Tánger, dificultando las acciones de los agentes alemanes. Un ferrocarril, autorizado por el cacique de Yebala, debía unir Tánger con la zona francesa, beneficiando también a los comerciantes españoles.

En línea con estos proyectos, Jordana decidió acometer una operación militar de cierta envergadura: el sometimiento de la kabila de Anyera, demasiado próxima al Estrecho de Gibraltar, susceptible de utilización por algunos beligerantes. Retirando algunas fuerzas de otros sectores, especialmente de Tetuán, Jordana creó el grupo de maniobra que necesitaba. El segundo tabor, mandado por el comandante Muñoz Güi, jefe inmediato de Franco, figuraba en él. Los habitantes de la zona eran famosos por su valentía en el combate. En la primera fase de la campaña, Jordana se propuso únicamente ampliar el perímetro defensivo de Ceuta, apoyado en una sucesión de colinas (cudias) mediante la limpieza del macizo montañoso llamado el Biutz. Contaba con la colaboración de una importante fuerza indígena, la mehala de Beni Arós. El 24 de mayo de 1916 se logró el primer éxito importante al unirse las fuerzas del general Milans del Bosch, salidas de Tetuán, con las del general Villalba, en el Fondak de Ain Yedda. Jordana, acompañado por el Raisuni, fue a revistarlas: el triángulo Tetuán, Ceuta, Larache, parecía seguro. Había llegado el momento de coronar el Biutz.

Desde Río Martín, punto de partida el 27 de junio, hasta Alfangua, donde pernoctó al día siguiente, Franco tuvo que recorrer a pie, al frente de su compañía de moros, una llanura histórica: los Castillejos. El segundo tabor tenía asignada la posición de vanguardia, cuyo mando superior correspondió a Juan Génova. En la madrugada del 29 de junio de 1916 las unidades españolas y marroquíes –oficialmente se trataba de someter una kabila rebelde al Sultán– se desplegaron en silencio, hasta alcanzar las posiciones para el inicio del asalto: a las tres de la madrugada el tabor emprendió el ascenso hacia la cudia llamada Federico, que ocupaba dos horas más tarde. La tenue luz de la aurora se había convertido en amanecida durante la marcha.

Entró en acción la primera compañía y fue diezmada –como antes dos escuadrones de caballería– por el fuego enemigo: su capitán, Palacio, tuvo que ser retirado con herida muy grave, mientras sus oficiales caían, muertos o heridos. Franco recibió la orden de tomar el relevo y lanzó sus hombres hacia la loma; por todas partes le rodeaba el signo de la muerte que alcanzo a Muñoz Güi, caído en el suelo. Ahora la iniciativa en el mando le pertenece, mientras los regulares continúan la penosa ascensión hacia la cota de Ain Yir, cuya posesión puede decidir la batalla pues domina las otras alturas. Franco percibe de pronto que los anyerinos esbozan una maniobra envolvente y decide impedirla perforando la línea enemiga hasta partirla en dos. Tomando el fusil de un herido que acaba de caer, calada la bayoneta, se lanza hacia adelante, arrastra a los suyos y corona la loma. El Biutz es, por tanto, su primera victoria personal. Pero, al mismo tiempo, su primera herida y ésta, gravísima, en el vientre.

Ningún historiador está autorizado a elucubrar sobre el futuro pero, en cuanto hombre, no puede sustraerse al pensamiento de cuántos cambios habrían tenido lugar si Franco no hubiera sobrevivido. Puesto en la camilla para su inmediata evacuación, él, como quienes le rodeaban, tuvo conciencia de que apenas un milagro necesitaba para salvar su piel: entre los oficiales había el convencimiento de que las heridas abdominales no perdonaban. La victoria de el Biutz estaba costando enormes pérdidas, entre oficiales y soldados. El capitán llamó al primer teniente de su compañía, le entregó las 20.000 pesetas que contenía la caja y le encargó que aque-

lla noche, puntualmente, pagase a los regulares su salario. Los camilleros le depositaron, junto a otros muchos heridos, en cudía Federico, donde el médico, Blanco, tras hacerle una cura de urgencia prohibió su traslado porque si se le movía probablemente moriría. Se conserva la radiografía que se le hizo dos semanas más tarde, estando ya en Ceuta, y por ella se ve que el «milagro» consistió en que la bala había viajado por el vientre del herido sin afectar a sus órganos vitales.

3. No murió; tal es el hecho. Hasta el 15 de julio, el capitán Franco permaneció en la posición de cudía Federico al cuidado del médico del Batallón de Cazadores número 4, de Barbastro, enviado especialmente allí, de nombre Antonio Mallou. Era tal la escasez de medicamentos que, tras una dosis de morfina, la última, el médico tuvo que consentir que se adueñasen de Franco los dolores. Cuando se le trasladaba a Federico, el futuro Generalísimo pidió al capellán de un regimiento de Infantería, participante en las operaciones, Carlos Quirós Rodríguez, que le administrase el sacramento de la penitencia: quería morir, como católico, con auxilios expirituales. Aquella noche del 29 de junio de 1916, en el parte de guerra que dio cuenta del costoso éxito de el Biutz, se incluyeron unas pocas y muy escogidas palabras hablando de su «incomparable valor, dotes de mando y energía desplegada en el combate».[35] Elogio para un héroe considerado como virtualmente muerto.

El 15 de julio, superados los pronósticos sombríos, Franco fue llevado al hospital militar de Ceuta, en donde recibió la visita de sus padres.[36] El 3 de agosto recibió un permiso de convalecencia de dos meses y pudo trasladarse a El Ferrol. La herida de el Biutz será la única que, en su larga y azarosa existencia militar, sufriría el Generalísimo, lo que constituye sin duda una singularidad notoria, habida cuenta de las situaciones de peligro que atravesó.

Como consecuencia de su acción, heroica y decisiva, la Alta Comisaría promovió para él una adecuada recompensa, bien el ascenso o bien la Cruz Laureada de San Fernando, esa singular y elevadísima condecoración española. La segunda de las dos propuestas era precipitada: no se habían dado en el Biutz las condiciones requeridas en un reglamento extremadamente riguroso. En cuanto a las posibilidades de otorgar un nuevo ascenso por méritos de guerra, el Ministerio se resistía a establecer un nuevo precedente, dada la extrema juventud del candidato y las tensiones que entre «africanos» y «peninsulares» se estaban detectando. Se le ofreció una Cruz de María Cristina, que permitía percibir los emolumentos correspondientes al grado superior[37] aunque sin ostentar el empleo. Franco no se conformó y decidió recurrir directamente al Rey, en cuanto Jefe supremo del Ejército. Alfonso XIII intervino en favor del ambicioso capitán que, el 28 de febrero de 1917, se convertiría en el comandante más joven del Ejército español, con antigüedad en el empleo nuevamente retraída al 29 de junio del año anterior, es decir el día de la acción de el Biutz.[38]

El Ministerio de la Guerra comunicó, el 15 de junio de 1918, la negativa a conceder la Laureada: entre las razones alegadas figuraba la de que no se hubiesen producido, en la acción, las bajas requeridas en el reglamento. No puede decirse que hubiese injusticia en la resolución. Pero el historiador se siente tentado, sin razón, de indicar que entre la propuesta y la negativa media un tiempo decisivo, el de la crisis de 1917 durante la cual el comportamiento del joven comandante de Infantería no parece haber sido demasiado satisfactorio para las autoridades superiores.

Notas al Capítulo 2.

[1] Las tropas francesas, que intentaban establecer en provecho de su país la unidad de los territorios subsaharianos desde Dakar hasta Djibouti, llegaron a Fachoda (hoy Kodok) sobre el alto Nilo el 10 de julio de 1898. Hacía dos años que lord Kitchener remontaba el río con un ejercito de 3.000 hombres para acabar con el Mahdi. La presencia francesa significaba el corte de la posible línea de comunicaciones norte-sur, que era el eje británico concebido tras el Congreso de Berlín. Kitchener aplastó al Mahdi en Omdurman el 2 de setiembre de 1898, tomó Kartum e inmediatamente presentó un ultimátum: los franceses tendrían que abandonar Fachoda o prepararse para una guerra. En noviembre de este año los franceses se retiraron reconociendo a Gran Bretaña el dominio sobre todo el Nilo y el Bahr al-Gazal.

[2] Asistieron a la Conferencia representantes de Alemania, el Reino Unido, Francia, España, Bélgica, Austria-Hungría, Estados Unidos, Portugal, Italia, Holanda, Rusia, Suecia y, naturalmente, Marruecos. El objeto oficial de la misma sería salvaguardar el orden en el interior y la solvencia exterior del reino marroquí que había recibido muy importantes créditos. Alemania pudo comprobar que, tras la firma de la Entente, ya no contaba con otro aliado que Austria. El Acta final, firmada el 6 de abril de 1906, garantizaba la integridad territorial de Marruecos. En cuanto al orden interno debería asegurarse mediante la constitución de una policía regular indígena mandada por oficiales franceses y españoles. Los extranjeros residentes en el país abonarían los mismos impuestos que los naturales. El Acta no fue aplicada: Francia dispuso que sus propias tropas ocupasen el país. H. Hallmann, *Spanien und die französische-englische Mittelmeer Rivalität (1898-1907)*, publicó en Stuttgart en 1937 un estudio sobre esta cuestión muy importante porque sirvió a los diplomáticos alemanes como base para el planteamiento de la política del III Reich.

[3] Parece importante destacar, como hacen los biógrafos favorables a Franco, la alta estima que en varias ocasiones manifestó el Generalísimo refiriéndose a la persona y programa de Maura. «Juan de la Cosa», *op. cit.*, pp. 212-213, dice textualmente que «desde enero de 1907 emprende una importante labor legislativa y los españoles empiezan a confiar en su resurgimiento».

[4] J. Tusell, *op. cit.*, pp. 62-64, establece una comparación entre esta Ley y la política que, con respecto a las autonomías, seguiría setenta años más tarde la UCD.

[5] Observación importante de Emilio Mola Vidal, *Obras Completas*, Valladolid, 1940, p. 936.

[6] El mejor estudio acerca de los años de Franco en la Academia se debe a Luis Moreno Nieto, *Franco y Toledo*, Toledo, 1972; en él se encuentra ademas un análisis de lo que era la vida de los cadetes.

[7] La cuestión no debe ser exagerada ni trivializada: aunque no parece haber afectado a la formación política y militar de Franco, sí quedó reflejada en su actitud hacia algunas conductas. Luis Ramírez (seudónimo), *Francisco Franco*, Madrid, 1976, p. 175, en su empeño en buscar rasgos negativos, llega a decir que de esta circunstancia emanaba el «puritanismo» –expresión que toma un carácter peyorativo– que se reflejó en su conducta y en su fidelidad conyugal. La honestidad de Franco, comprobada incluso por sus enemigos, es un dato que el historiador no puede ignorar, aunque muchas personas en nuestros días sean incapaces de valorarla. Brian Crozier, *Francisco Franco*, I, Madrid, 1965, pp. 67-68, que tuvo la oportunidad de hablar de este tema con el Generalísimo, señala que éste se vio más afectado que sus hermanos porque era más afectivo. Cuando el ministro de Información, Alfredo Sánchez Bella, comentó la noticia dada por un biógrafo, Franco le dijo que no explicaba bien la conducta de su padre ya que éste «cumplió», aludiendo a que seguía atendiendo económicamente a la familia. Doña Pilar conservó la casa de El Ferrol que era propiedad de su padre Ladislao.

[8] George Hills, *op. cit.*, pp. 55-57, señala cómo resulta extraño que la experiencia de Cuba, tan importante para la guerra de Marruecos, no se emplease como método de enseñanza en Toledo. Sin embargo es evidente que los alumnos de la Academia demostraron en el Rif poseer dotes muy elevadas y capacidad de adaptación a las nuevas circunstancias.

[9] C. Seco, *Alfonso XIII*, pp. 91-92.

[10] J. de la Cosa, *op. cit.*, p. 213.

[11] La cifra oficial facilitada por el Gobierno de Madrid es de 100 muertos y 400 heridos, pero ésta es producto de una apreciación aproximada. Los anarquistas, que comprendieron que la revuelta había desbordado las intenciones del comité de huelga y que les perjudicaba mucho, sostuvieron mas tarde, en las Cortes, que había habido instigadores desconocidos que buscaban el modo de desprestigiarles. Esto es difícil de comprobar. No era la primera vez que se producían violencias contra edificios religiosos, pero, como expresaba en una famosa pastoral el obispo de Vich, llamaba la atención que se pretendiese destruir a la Iglesia en cuanto Institución y no sólo algunos edificios eclesiásticos. Maragall acuñó la expresión «L'església cremada» para explicar cómo se estaba produciendo un giro radical: la Iglesia misma sufría un toque de atención para abandonar cómodas posiciones oficiales, casi rutinarias, para entrar en la cuestión social que se estaba volviendo contra ella. Tenía que renacer precisamente a través de este fuego. J. M.ª García Escudero, *Historia política de las dos Españas*, 2.ª ed., I, Madrid, 1976, pp. 341-351.

[12] La cuestión del juicio y sentencia contra Ferrer Guardia ha suscitado opiniones diversas entre historiadores. Carlos Seco Serrano, *op. cit.*, p. 91, se inclina a aceptar el juicio de J. Connely Ullmann, *La Semana Trágica. Estudio sobre las causas socioeconomicas del anticlericalismo en España (1898-1912)*, Barcelona, 1972, que atribuye la sentencia y ejecución de Ferrer no tanto a la directa participación en la revuelta cuanto a que fuese el maestro del famoso anarquista Mateo Morral, autor del atentado contra el Rey en el día de su boda. El juicio de G. Brenan, *El laberinto español*, Madrid, 1976, p. 131, respecto a Ferrer es muy duro —«un pedante de estrechas miras y de escasas cualidades atractivas»— y el de Unamuno todavía peor: «mezcla de tonto, loco y criminal cobarde». Franco creyó que el movimiento de solidaridad europeo se debió al hecho de ser Ferrer miembro de la Masonería.

[13] La relación de estos sucesos no tiene otro objeto que indagar acerca de los planteamientos que después se hizo Franco. R. de La Cierva, *Francisco Franco*, p. 33, no duda en reconocer que el Generalísimo, que en varias ocasiones manifestó su aprecio por la obra de Maura, trató de aplicar algunas de las consignas de éste, como la revolución desde arriba, la identificación entre moral pública y privada, el apoyo en las clases medias y la reforma de la España «oficial».

Jesús Pabón, *Cambó*, I, p. 343, obra, insistamos, verdaderamente imprescindible, llega a calificar la maniobra de Moret, masón también, como verdadero suicidio de la Restauración. Coincide en un punto J. Andrés-Gallego: como parte esencial del «suicidio» se abrió paso hacia las Cortes la Conjunción republicano-socialista, de modo que desde 1910 ya no era posible soñar siquiera con el turno. *La Restauración*, pp. 452-453.

Sin embargo, J. M. García Escudero, *op. cit.*, I, p. 369 y ss., entiende que el Rey no tenía en octubre de 1909 otra opción que la de despedir a Maura, en un intento desesperado de restablecer una mínima coordinación entre los partidos dinásticos, si bien el resultado fue contrario a tal propósito.

Franco, que estaba en estos momentos en la Academia, más atento a lo que ocurría en África, escenario anhelado para su carrera militar, hizo posteriormente una composición de lugar en estos términos: los partidos políticos, con su egoísmo, se desentendieron del bienestar de España y arrastraron a la Monarquía a su caída; el Ejército intentó, con la Dictadura, frenarla, pero con gran «ingratitud», Primo de Rivera sería despedido.

[14] Sin duda es acertada la importancia que J. Tusell, *op. cit.*, p. 67, otorgó a esta fecha como signo de cambio. Comenzaba la lenta andadura hasta el triunfo final del PSOE en 1982.

[15] Los datos biográficos previos de Paulino Iglesias, nacido en El Ferrol en 1850 son importantes: huérfano de padre, emprendió en 1860 el viaje a Madrid a pie, por falta de dinero, e ingresó en el hospicio donde aprendió el oficio de impresor. Desde 1862 empezó a trabajar cambiando su nombre de Paulino por Pablo. Desde marzo de 1870 aparece afiliado a la Internacional. Fundador del PSOE en 1879 como dijimos, estuvo en la cárcel en 1882 y se encontró sin trabajo porque los empresarios le temían. Desde 1886 su puesto laboral fue el de director de *El Socialista*. En 1893 la esposa de otro socialista, Amparo Meliá, abandonó a su marido para convertirse en su compañera. Varias veces fue detenido. Las elecciones constantemente falseadas le impedían cumplir sus aspiraciones, mientras que con frecuencia sufría peque-

ñas detenciones en sus escaramuzas políticas. Marxista según la línea de influencia francesa, en 1905 fue concejal en el Ayuntamiento de Madrid, junto con Largo Caballero y García Ormaechea, invocando una «honradez» política que los socialistas han seguido rememorando mucho tiempo después, cuando ya carecía de fundamento. Pablo Iglesias no apoyó a Ferrer Guardia y, desde *El Socialista*, criticó la campaña europea. Punto de vista favorable a Pablo Iglesias, documentado en M.ª Teresa Martínez de Sa, *El socialismo y la España oficial. Pablo Iglesias diputado a Cortes*, Madrid, 1975.

16 Cf. Martín, *Franco*, Madrid, 1965, p. 19. En realidad es muy poco lo que conocemos de la vida del Generalísimo antes de febrero de 1912, pues se basa en recuerdos y opiniones de testigos, nunca demasiado fiables.

17 Es un detalle importante en relación con ciertas especulaciones que posteriormente se hicieron: su ingreso en la Adoración Nocturna tuvo lugar el 11 de junio de 1911, en la parroquia de San Julián de El Ferrol. El Acta manuscrita se publicó en la revista *Pax* del XXXV Congreso Eucarístico de Barcelona, correspondiente al día 27 de marzo y es fehaciente por haberse reproducido fotográficamente.

18 Esta cuestión –la habilidad francesa para convertir la generosa propuesta de 1902 en otra mucho más mezquina– desempeñará un papel importante en las relaciones entre ambos países, según coinciden en señalar el embajador François Pietri y el ministro Serrano Suñer. Franco tenía el convencimiento de que España había sido injustamente tratada y que tenía derecho a pedir una rectificación de límites. Sin embargo no llegaría a reclamar Taza y Fez, como en la primera propuesta francesa se contenía, sino pequeños territorios que permitiesen realizar la unidad de ciertas kabilas. Será explicada esta cuestión en el lugar correspondiente.

19 J. M.ª Escudero, *op. cit.*, II, p. 717 y ss., hace un análisis muy certero de las querellas políticas pero prescinde de las ventajas que se suponía iban a derivarse de la guerra.

20 El XIII Congreso del PSOE celebrado en 1932, aceptó la legitimidad del Protectorado. E. Lamo de Espinosa, *Julián Besteiro*, Madrid, 1970, pp. 29-30. De modo semejante en 1984 aceptaría la permanencia en la OTAN después de haberla combatido con ahínco.

21 Como revelo más tarde en sus escritos y discursos, Franco compartió plenamente este modo de pensar. Ver especialmente el ensayo de E. Mola Vidal, *El pasado, Azaña y el porvenir*, en *Obras Completas*, Valladolid, 1940. Todavía después del desembarco en Alhucemas, Franco advertía que «lo que tan brillantemente conquistan las armas, puede perderlo luego una mala política». *Papeles de la guerra de Marruecos*, Madrid, 1986, p. 235.

22 Los primeros artículos que Franco escribió se referían a «Necesidades sobre material, fortificación, la maniobra y el empleo táctico de la artillería». *Papeles de la guerra de Marruecos*, pp. 27-53.

23 J. Tusell, *op. cit.*, pp. 140-143, también llama la atención sobre las constantes vacilaciones del Gobierno: las órdenes variaban constantemente y a veces en el momento más inoportuno.

24 G. Hills, *Franco*, Madrid, pp. 80-82, hace un ejercicio mental curioso, pero importante: ¿dónde estaban, ese 15 de mayo de 1912, los otros dirigentes del Alzamiento? José Sanjurjo era ya general y tenía el mando de las tropas de Melilla. Emilio Mola Vidal estaba en el mismo teatro de operaciones: salvó la vida a dos hombres, recibió una herida y ganó las tres estrellas de capitán. Comenzaba su amistad con Franco. Gonzalo Queipo de Llano estaba en el frente occidental: comandante de Caballería, mandaba ese día una carga en las inmediaciones de Alcazarquivir.

Los periódicos, que presentaron la jornada del 15 de mayo como una «gran victoria», dieron cuenta de la ocupación de Haddu sin mencionar a Franco; era todavía demasiado insignificante.

25 El valor personal, frialdad en la conducta bajo el fuego mientras obedecía las órdenes dadas, fue lo que apreció Berenguer. En los cinco años que van de 1912 a 1917 se establecieron las bases de una leyenda acerca de la valentía personal de Franco que no dejaría de crecer. No tenemos argumentos ni datos para confirmarla o negarla. Lo que sí es posible decir es que no era ella la única ni la más importante de las componentes de la personalidad del Generalísimo. África fue su gran escuela de formación, una especie de atmósfera de la que

recogió ideas simples, muy precisas, que quedaron incorporadas a su ideario político y militar. Comenzaría a exponerlas en 1924 en la *Revista de Tropas Coloniales;* excepto algunos comentarios acerca del mejor modo de administrar Marruecos, nunca escribió sobre asuntos políticos, de modo que carecemos de testimonios coetáneos. Jorge Vigón, *Vida de Mola,* Madrid, 1956 y E. Esteban Infantes, *El general Sanjurjo,* Madrid, 1947, intentaron luego una recreación del ambiente y de las ideas que circulaban. Franco, no: su obra esencial de este período será el *Diario de una bandera,* un escueto relato de las operaciones, recomendado después como lectura por el general Willoughby, ayudante del general Mac Arthur. Sabemos que preparaba una continuación sobre Xauen y Alhucemas, aunque no llegó a publicar más que algunos artículos.

[26] B. Crozier, *op. cit.,* I, p. 78.

[27] Tomamos del número de *ABC* correspondiente al 20 de febrero de 1913 las siguientes frases: «en las plazas (de Tetuán) el júbilo es enorme... los hebreos lo manifiestan disparando cohetes desde las azoteas de las casas. La bandera de España tremola al viento, sobre la Alcazaba de Tetuán como cincuenta y tres años ha. En Tetuán quedará muy poca fuerza porque se procurará que los moros no vean en nosotros un invasor, sino un protector».

[28] El viento y el mar, no el «viento y el león» como en la falaz película se ha pretendido. R. de La Cierva, *Franco,* p. 42, nota 44.

[29] J. Pabón y J. Andrés, *op. cit.,* pp. 460-462, coinciden en esta apreciación.

[30] Desde principios de 1913 don Antonio Maura estaba lanzando una dura campaña contra el conde de Romanones y el Partido Liberal. Por su parte Pablo Iglesias, con inmunidad parlamentaria, estaba movilizando a sus socialistas a través de huelgas y de manifestaciones contra la «criminal» guerra de Marruecos y contra la «falsa democracia» del Régimen de la Restauración. El PSOE anunciaba ya una huelga general como medio para conseguir el triunfo revolucionario. Los jefes del Ejército no podían esperar que se les dotase de los medios necesarios para concluir la guerra, que, precisamente por las vacilaciones gubernamentales, estaba costando la tercera parte del presupuesto nacional. Pocos políticos parecían entonces dispuestos a admitir que el mejor medio para eliminar este oneroso capítulo consistía, precisamente, en liquidar, mediante un esfuerzo decidido, las hostilidades. Una acción de este tipo resultaba a la larga económica pero exigía de inmediato una inversión muy grande que ningún partido quería asumir. C. Seco, *Alfonso XIII,* pp. 151-152.

[31] Iniciativa ésta que demostró su capacidad para el mando. De haber fracasado, le hubiera costado muy caro. G. Hills, *op. cit.,* p. 85.

[32] R. de La Cierva, *Franco,* p. 43.

[33] La orden de ascenso a capitán, publicada en el BOE de 15 de abril, señalaba la antigüedad del 1 de febrero de 1914 porque la acción de Beni Salem era el mérito tenido en cuenta.

[34] J. Arrarás, *op. cit.,* p. 29, que coincidió con Franco en Oviedo en 1917 y fue después una especie de biógrafo «oficial», recogió las que él, y el Generalísimo, consideraron más significativas:

- una bala enemiga le arrancó el termo con que se servía un café; volviéndose hacia la posición enemiga, Franco les gritó: «a ver si apuntáis mejor»,
- montado a caballo en medio del fuego, Berenguer hubo de amenazarle para conseguir que desmontara.

Es indiferente al historiador establecer el grado de credibilidad que debe otorgar a estas anécdotas. A los ojos de los marroquíes –y esto fue también importante en la Guerra Civil– Franco reunía esa combinación de cualidades, mezcla de valentía (mizzian) y de invulnerable aliado con la fortuna (baraka) que hacen del jefe una especie de misterioso elegido. Dicha imagen, que se extendió a otros muchos ambientes –¿deberíamos mencionar la expresión caudillaje?– nada tenía de espectacular o grandilocuente. Desde muy joven, Franco practicó el gesto de la impavidez: los corresponsales de guerra y sus compañeros en el mando coincidían en reconocer en él una casi impasibilidad que probablemente era intencionada.

[35] Son datos que proceden de su hoja de servicios, según fotocopia que posee la Fundación Francisco Franco.

[36] Muy interesantes detalles fueron recogidos de boca del propio Franco en entrevista que

le hizo el semanario *Estampa* el 29 de mayo de 1928. R. de La Cierva, *Franco,* pp. 49-50, ha conseguido reconstruir con toda puntualidad los sucesos de estos meses. También F. Franco-Salgado, *op. cit.*, p. 30, incluye puntos concretos.

37 Debo al teniente general don Gabriel Verd Moner una precisión importante. El ascenso era superior a la Cruz de María Cristina, pero los artilleros, que se adherían al sistema de escalas cerradas por compromiso personal, se habían comprometido, cuando alguien ascendía por méritos de guerra, a cambiar este ascenso por la Cruz, de modo que se pretendía aplicar a Franco este mismo criterio.

38 Estamos obligados a matizar una interpretación dada por S.A.F. Colls, *Fanco of Spain,* Londres 1955, p. 117 y también por B. Crozier, *op. cit.*, I, p. 81: parecen dar a entender que, al reclamar el ascenso y conformarse con la negativa de la Laureada, Franco concedía importancia al primero pero no a la segunda. Puede considerarse como cierto que el Generalísimo español nunca se sometió a lo que podríamos llamar «fetichismo» de las condecoraciones pero el uso metódico y continuado que hizo de ellas, en especial de las que se le atribuían por méritos personales directos –no en tanto en cuanto Jefe de Estado– obliga a reconocer que las valoraba, y mucho. La concesión de la Laureada, tras un juicio contradictorio, era graciosa y contra ella no cabían recursos: de modo que no sabemos cuál habría sido la conducta de Franco en el caso de que hubiera existido la posibilidad del recurso, como era la situación entre ascenso y Cruz de María Cristina. En 1916 aparece, sin embargo, uno de los rasgos de su carácter: la decisión de defender con empeño lo que consideraba que le correspondía en justicia. No lo aplicó únicamente a sí mismo. Franco-Salgado recuerda otros dos casos muy significativos, la pensión que debía abonarse a la viuda del capitán García Hernández y la que le correspondía al famoso general Vicente Rojo. En el caso que ahora nos ocupa, el general Dámaso Berenguer apoyó a Franco en su petición.